

Presentación

Iñaki García Borrego, *UCLM*

Jorge García López, *UCLM* María

del Mar Maira Vidal, *UCM*

Alberto Riesco-Sanz, *UCM*

Coordinadores del monográfico

A la memoria de Andrés Bilbao y Moishe Postone

El modelo de análisis socio-semiótico de E. Verón (1996) resulta muy fructífero, a pesar de ciertas imprecisiones terminológicas presentes en él, cuando se aplica al estudio de textos fundacionales de un área de conocimiento, tal y como hace él mismo con el *Cours de linguistique générale* de Saussure. Verón propone abordar dichos textos diferenciando claramente sus condiciones de producción de sus condiciones de reconocimiento. Llama “condiciones de producción” al conjunto de elementos históricos, sociales y culturales que influyeron en el proceso de elaboración del texto fundacional en cuestión, conjunto en el que ocupan un lugar destacado los textos leídos por su autor que dejaron alguna huella en él, incluidos claro está aquellos con los que polemizó¹. Y llama “condiciones de reconocimiento” al conjunto heterogéneo de elementos históricos, sociales, culturales, etc. que han marcado la cambiante recepción de ese texto fundacional desde que empezó a circular. Dicho así esto puede parecer

¹ “Proceso de producción¹ no es más que el nombre del conjunto de huellas que las condiciones de producción han dejado en lo textual. [...] Una buena parte de las condiciones de producción de un conjunto textual dado consiste en *otros textos*, ya producidos [con antelación a dicho conjunto textual]” (Verón 1996: 18).

poco más que una perogrullada filológica, a saber: que todo lo que hay en un texto corre de la cuenta de ese autor, y que todo lo que pasa con él una vez que éste ve la luz, de la cuenta de sus lectores, traductores y editores. Pero cuando estamos hablando de un texto tan manoseado por la historia como *El capital* resulta necesario recordar esta clase de cosas para delimitar los términos de la discusión: no estamos hablando del conjunto de la obra de Marx, ni mucho menos de todo lo que a partir de dicha obra se dio en llamar “marxismo”, sino tan sólo de lo que puede leerse –y se ha leído en el último siglo y medio– en el conjunto heteróclito de páginas publicadas o manuscritas por su autor a lo largo de varias décadas, dentro de un proyecto editorial –*El capital*– claramente delimitado por él en las numerosas alusiones al mismo que hizo por escrito a sus interlocutores. Ni más ni menos.

A partir de esta distinción entre condiciones de producción y condiciones de reconocimiento de un texto, Verón distinguirá, a su vez, dos tipos de lecturas socio-semióticas del mismo: “lecturas en producción” y “lecturas en reconocimiento”. Las primeras se interrogan sobre cuáles fueron las condiciones y el proceso de producción de un texto², mientras que las segundas son una muestra de la recepción que se hace de él en un momento concreto delimitado histórica y geográficamente: la Rusia de la década del 1920, la Europa de principios del siglo XXI, etc.³

Por su parte, Q. Racionero explicaba en sus clases de historia de la filosofía que si miramos los textos del pasado *desde el presente*, viéndolos venir hacia nosotros

² “La primera condición para poder hacer un análisis discursivo es la puesta en relación de un conjunto significativo dado con esas [sus] condiciones de producción” (Verón 1996: 127).

³ “Para el caso de los discursos [o textos] cuya circulación-consumo es diferida o, por decir así, de *larga duración*, no se debe olvidar una *asimetría crucial* entre condiciones de producción y condiciones de recepción [o reconocimiento]: en el discurso, una vez producido en determinadas condiciones, estas últimas [las condiciones de producción] permanecen y permanecerán siempre las mismas. La recepción, el consumo, por el contrario, están 'condenados' a modificarse indefinidamente. El *Cours de linguistique générale*, por ejemplo, habiendo sido producido a principios del siglo XX, sigue y seguirá siendo leído (y por tanto sigue y seguirá formando parte de las condiciones de producción de *otros textos*). Este desfase no es otra cosa que el principio de constitución de la *historia de los textos*. La historia de un texto, o de un conjunto de ellos, consiste en un *proceso de alteraciones sistemáticas, a lo largo del tiempo histórico, del sistema de relaciones entre 'gramática' de producción y 'gramática' de reconocimiento*” (Verón 1996: 21).

como trenes que salieron hace siglos de algún lugar y que han llegado hasta donde estamos ahora, nunca entenderemos de dónde partió cada tren, ni qué lo puso en marcha, qué dirección tomó, qué hizo que se desviara de ella, qué mapa de la red viaria tenía el maquinista, etc. Todo eso sólo podemos entenderlo haciendo el considerable esfuerzo hermenéutico de tratar de situarnos en el punto de partida de esos trenes, imaginar que estamos subidos en ellos y que desde ahí miramos hacia el lugar que tratan de alcanzar.⁴

En este texto introductorio del número monográfico de *Sociología histórica* sobre *El capital* no podemos proceder a una lectura en producción sistemática de ese libro, ni dar cuenta pormenorizada de su recepción actual. De esto último tienen los lectores un amplio y rico muestrario en los artículos reunidos en el monográfico. Aquí nos limitaremos a trazar algunas pinceladas de una cosa y de la otra: en una primera parte, que toma como *leitmotiv* la lectura en producción, intentaremos subirnos al tren que Marx puso en marcha hace un siglo y medio desde su estación de origen, para vislumbrar qué había en dicho punto de partida y tratar de reconstruir el sentido histórico de dos de los referentes del libro: la economía política y la sociedad civil. La primera (punto 1.1.) porque creemos que en ocasiones es tomada con cierta ligereza por los lectores de *El capital* (bien sea por desconocimiento, por magnificar el carácter rupturista de la crítica de Marx, o por una mezcla de ambas cosas), a pesar de suponer una de las fuentes epistemológicas de las ciencias sociales, y no sólo de la economía como trataremos de mostrar. Y la segunda (punto 1.2.), la sociedad civil, porque nos parece que la importancia que tiene en la obra madura de Marx este concepto, y la problemática a la que apunta, han pasado desapercibidas hasta hace bien poco para la mayoría de los lectores, por las razones que expondremos.

El *leitmotiv* de la segunda parte de esta presentación del monográfico son las lecturas en reconocimiento de *El capital* o de la obra madura de Marx en general. Esa segunda parte empieza con el ejercicio de plantear unas coordenadas básicas para la clasificación (en tanto que tipos de “intervenciones”) de ese conjunto difuso e ingente de textos que han venido realizando lecturas en reconocimiento explícitas de *El capital*, es decir, que se declaran abiertamente basados, inspirados o estimulados por ese libro. Una vez delimitado –y meramente presentado– ese sistema de coordenadas, se re-plantearán las relaciones entre las lecturas en producción y recepción, así como la necesidad, para estas últimas, de considerar dos tipos de realidades: i) la de sus autonomías relativas de carácter disciplinario

⁴ La metáfora del tren es nuestra, para condensar en una imagen el argumento de Racionero (2010).

y ii) la de las relaciones estructurales que se establecen entre ellas. Finalmente, situaremos en dicho sistema de coordenadas a algunos de los autores reunidos o referidos en el monográfico, preguntándonos si comparten ciertos rasgos en su condición de lectores-que-escriben sobre ese libro (punto 2.1.). El otro apartado de esta segunda parte (punto 2.2.) plantea una cuestión distinta: qué puede aportar hoy día un libro como *El capital* a las ciencias sociales que tratan de dar cuenta de las tensiones y cambios del mundo contemporáneo. Finalmente, este texto introductorio se cierra con una tercera parte en la que repasamos los textos que forman este número monográfico de *Sociología histórica*, y expresamos nuestro agradecimiento a quienes han participado en él.

ELEMENTOS PARA UNA LECTURA EN PRODUCCIÓN DE *EL CAPITAL*

Como señala el propio Verón (1996: 19), la mayor dificultad a la que se enfrenta cualquier intento de “lectura en producción” es la de cómo resolver su paradoja constituyente, es decir, superar el hecho insoslayable de que todo lector que recibe un texto ya en circulación está inevitablemente del lado del reconocimiento, y es por lo tanto un receptor de dicho texto –no un testigo de su proceso de producción. Las marcas de ese proceso ya no serán directamente legibles para el lector una vez que el autor *cierra* el texto para hacerlo público. Y mucho menos si se trata de un texto de cierta antigüedad. Además, los textos fundacionales casi nunca nos llegan desnudos, sino cargados de interpretaciones, cuando no textualmente modificados por traductores y editores. Por otra parte, cada uno de nosotros, como lectores estamos moldeados por todas nuestras lecturas previas, ligadas a una o varias tradiciones intelectuales (marxistas o no). Sólo haciendo el gran esfuerzo de traspasar los 151 años transcurridos desde la publicación del Libro I se puede hoy tratar de interpretar su sentido original. Esfuerzo estrictamente imposible, pero necesario como única vía posible para tratar de escuchar lo que el texto tenga de decir.⁵

⁵ Los textos fundacionales suelen reunir dos rasgos que se vuelven contra ellos: por una parte, su antigüedad, que acaba interponiendo una gruesa capa histórica entre ellos y las sucesivas generaciones de lectores, generalmente ignorantes de su contexto de producción y, por otra parte, paradójicamente, el intenso y extendido reconocimiento de que son objeto, que llega a recubrirlos de un carisma que no ayuda en nada a desentrañar su sentido. García Calvo (1985: 27-28) critica los dos errores simétricos en que incurrían muchos lectores de esa clase de textos: el academicista y el anti-academicista. En el caso de Marx, hay que decir que junto al academicismo más bien relativista de la universidad actual, que envuelve al texto en cuestión con “una

La lectura en producción que aquí nos limitamos a esbozar adolece doblemente de la limitación constitutiva señalada por Verón, no sólo por nuestra condición de lectores en el siglo XXI de un texto con más de 150 años de largo e intenso recorrido, sino por la parcialidad de nuestra propia lectura. Ésta está insoslayablemente formateada, además de porque antes de leer *El capital* leímos a otros lectores-intérpretes de *El capital*, por algo mucho menos obvio: las profundas divisiones entre áreas de conocimiento operadas a lo largo del siglo XX. Si decimos que nuestra lectura adopta un “punto de vista sociológico” tenemos la certeza de que nuestros lectores coetáneos identifican fácilmente tal punto de vista, puesto que dicha división entre áreas de conocimiento es para ellos, como para nosotros, tanto el aire que respiran como el suelo sobre el que caminan desde que empezaron a leer. Pero no por ello dejamos de ser conscientes de cómo ese punto de vista parcial limita las posibilidades de lectura en producción de un texto escrito en 1867, en una época en que tal división no se había producido. No sólo porque la palabra “sociología” no podía ser el nombre de una ciencia particular, que aún no existía (por aquel entonces el término era un mero helenismo adoptado por Comte para nombrar una de las piezas de su sistema filosófico, en el cual Marx no veía ningún interés⁶), sino que resultaría anacrónico pensar siquiera en unas “ciencias humanas” como un continente desgajado del conjunto de los saberes humanísticos. *Das Kapital es justamente*

acumulación sin fin de referencias a todo lo que sobre él se ha escrito y se está escribiendo”, florecen cada tanto pequeñas academias bastante más dogmáticas en grupos de lectura, escuelas de partido o de asociación. Por su parte, muchas lecturas que se pretenden anti-academicistas usan a los textos clásicos como vaga fuente de inspiración intelectual o política, inspiración que desemboca fácilmente en los tópicos que marque la actualidad o interpretación dominante en cada momento. García Calvo (*ibíd.*) trata de encontrar el camino entre esos dos errores “intentando que la exactitud filológica me ayude a combatir contra mi capricho, sin que ello me arrastre a tantas eruditas curiosidades que me alejen de oír las razones” desplegadas en el libro, para provecho del lector que se asome a él sabiendo que fue escrito en otro tiempo y lugar, pero que todavía puede decirle algo valioso sobre lo que ocurre hoy.

⁶ “Que fuese Comte quien primero empleó el término sociología no puede ampliarse de ninguna manera hasta decir que ese fue el origen de la sociología” (Rodríguez Aramberri y otros, 1989: 7). Por lo demás, la creencia extendida hasta hace poco de que fue Comte quien acuñó ese término fue desmentida a principios de este siglo: Guilhaumou (2006) muestra un manuscrito inédito de E.-J. Sieyès de la década de 1780 en el que aparece el neologismo, cincuenta años antes de encontrarse en una publicación de Comte. El juicio negativo de Marx sobre Comte puede encontrarse en Marx (1999: 1065).

uno de los lugares en que este desgajamiento se produce. Obviamente ello no se produjo desde cero pues, como muestra Foucault (1996), todos los saberes modernos hunden sus cimientos en un suelo formado por varios estratos epistémicos. Y es interesante señalar aquí de pasada que la historiografía es probablemente el único discurso científico social que ha mantenido su nombre y su unidad epistemológica a lo largo de estos 150 años, pasando de ser un saber humanístico a una ciencia social en el sentido actual. Con todo, un análisis detenido mostraría hasta qué punto esta continuidad oculta la mutación sufrida por dicha formación discursiva justamente en la segunda mitad del XIX, paralelamente al proceso de gestación de otras ciencias más jóvenes (llamadas primero “humanas” y luego “sociales”) desgajadas de los saberes humanísticos.

MARX Y LA CIENCIA SOCIAL DE SU ÉPOCA

Conscientes de que nos movemos dentro de un espacio estriado por esas demarcaciones, tratemos de mirar en la dirección correcta y veamos hasta dónde podemos avanzar hacia ella en estas páginas dedicadas a la lectura en producción. La primera operación a realizar para la lectura en producción de un texto es rastrear en él las huellas de otros en los que el autor encontró sus fuentes de inspiración, de autoridad y/o de crítica. En el caso del Libro I de *El capital*, tales fuentes pueden agruparse en cuatro grandes ámbitos: la filosofía griega y alemana (notablemente Aristóteles y Hegel, éste último de un modo más implícito que explícito), la historiografía (con una mayoría de referencias concentradas en el largo capítulo XXIV sobre la acumulación originaria), la literatura socialista (sobre todo Proudhon) y la economía política.⁷ Eso sin contar la inspiración intelectual que encontró Marx a lo largo de toda su vida en la gran cantidad de literatura artística en prosa y en verso consumida por alguien que se veía a sí mismo como un ratón de biblioteca (Shanin 1990).

Aunque cada uno de esos ámbitos temáticos⁸ suponía a su manera un saber sobre lo social, el punto de mira de Marx estaba puesto en la economía política, por

⁷ Esta enumeración coincide a grandes rasgos con la de Aron (1970), quien señaló que los tres pilares sobre los que Marx edificó su obra fueron la filosofía, la economía política y la historiografía, y con la de Lenin (1961), para quien las tres fuentes del marxismo son la filosofía alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés.

⁸ Sólo en el caso de la filosofía y la historiografía, a la que acabamos de aludir, puede hablarse de disciplinas intelectuales constituidas como tales en la época de Marx. Desde luego el socialismo no era tal, sino que se trataba más bien de un *saber político*

considerar que era en ella donde había que buscar las claves de la sociedad moderna⁹. Dicho en otras palabras: Marx descubrió que la economía política era el lenguaje en que la sociedad moderna hablaba de sí misma, de forma semejante a cómo Galileo había descubierto dos siglos antes que las leyes del universo están escritas en lenguaje matemático¹⁰. Esta es la razón por la cual el análisis crítico inmanente (vale decir racional) de los fundamentos de la sociedad moderna no podía hacerse en los términos de la tradición filosófica, sino en otros nuevos que nuestro autor se va a esforzar por acuñar: los de la crítica de la economía política. Tal descubrimiento no lo expuso en *El capital*, ya lo había hecho ocho años antes de que saliera de la imprenta la primera edición del Libro I (1867). La continuidad entre aquel texto de 1859 y *El capital* es total. No sólo porque el autor los enlaza desde el principio¹¹, sino porque el lector puede constatar que en 1859 había presentado ya muy perfilado el objeto de estudio y algunos avances de lo que luego seguiría desplegando ocho años después en su obra principal. Para tratar de situarnos en el punto de vista del autor es muy importante esquivar aquí el malentendido por anacronismo a que podría llevarnos fácilmente la expresión “economía política”, que no significa lo mismo en 2018 que en 1859.¹² Porque sería un error teleológico ver en la economía política a la

con un fuerte componente sociográfico. Respecto a la economía política, ciertamente se trataba de un saber con un objeto temático claramente identificado por los autores que lo cultivaban (la *riqueza*), aunque Martínez Marzoa (2008: 12) observa que *economía política* era una expresión “con la que Marx no alude a una disciplina, sino a cierta tradición intelectual todavía reciente en su tiempo y que en sus más importantes manifestaciones habla inglés.” Por eso nos hemos referido a estos saberes como cuatro “ámbitos temáticos”, aunque también se los podría llamar, con Foucault (1996), “formaciones discursivas”.

⁹ En sus propias palabras: “era menester buscar la anatomía de la sociedad civil en la economía política” (Marx 2008: 4). Recordemos que nuestro autor no usó la expresión “sociedad capitalista”, sino “sociedad moderna”, “sociedad actual”, “sociedades en las que domina el modo de producción capitalista” o “*bürgerliche Gesellschaft*”, término que los distintos traductores vierten algunas veces como “sociedad burguesa” y otras como “sociedad civil” (Marx 1999: 6, 8, 9, 43 *et passim*). Más adelante volveremos sobre la importancia de entender bien a qué se está aludiendo con esto.

¹⁰ La comparación entre Marx y Galileo es de Althusser, analizada por Fernández Liria (1998: 134).

¹¹ El prólogo de la primera edición de *El capital* (Libro I) empieza diciendo: “la obra cuyo primer tomo entrego al público es la continuación de mi trabajo *Contribución a la crítica de la economía política*, publicado en 1859” (Marx 1999: 5).

¹² Véase sobre esto Perlman (1974) y Heinrich (2011).

que se refería Marx un mero antecedente de la actual ciencia económica, que surgió en un momento históricamente posterior, fruto de un impulso hacia la constitución de las modernas ciencias sociales en abigarrada concurrencia unas con otras (Clarke 1991). La economía política, expresión plenamente consolidada en la época de Marx, era ciertamente otra cosa más amplia, pues previamente al surgimiento de las disciplinas y al acotamiento de las fronteras entre ellas, los problemas teóricos se plantean con mayor amplitud e indefinición.

Podemos encontrar un buen ejemplo de esto en el lugar muy distinto que ocupan las clases sociales en la economía política de entonces y en la ciencia económica actual. Dicho concepto era fundamental para los autores de la economía política como lo sigue siendo para la sociología actual, pero no para la ciencia económica moderna. Podríamos decir que quien lo heredó no fue su primogénita la economía, sino otra descendiente suya, la sociología. Sigamos aquí a Schumpeter, quien tras constatar que en la obra de Marx “la categoría económica 'trabajo' y la *clase* social 'proletariado', al menos en principio, resultan congruentes y en realidad idénticas” (1983: 75), contextualiza esta identidad señalando que ésta no es una peculiaridad de la obra de Marx, sino que fueron los autores de la economía política previos a él quienes ya habían establecido la correspondencia entre los tres factores productivos (tierra, capital y trabajo) y las tres clases sociales (nobleza, burguesía proletariado)¹³. Observación que Schumpeter fundamenta en su *Historia del análisis económico*, mostrando que en los textos de los economistas “clásicos” –las comillas son suyas– el concepto de clase está muy presente (aunque con varios significados, según el autor de que se trate), y dice: “los economistas del periodo [1790-1870, y aquí incluye a Marx] emprendieron un giro importante hacia un análisis económico basado en categorías de tipificación económica, apartándose del análisis económico basado en las clases sociales [análisis demasiado imbuido del sentido común de la época, según Schumpeter]. Pero no lo hicieron del modo lógicamente más aconsejable, o sea, no elaboraron una teoría de las clases sociales para incluirla en su sociología económica construyendo al mismo tiempo categorías económicas para

¹³ Andrés Bilbao (1993: 21) cita un párrafo de Giddens (tomado de su muy reeditado *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*, que no falta en la bibliografía de ninguna asignatura de estructura social) en el que este sociólogo atribuye a Marx una teoría de las clases sociales “que más bien sugiere una incoherente mezcla entre Smith y Ricardo”. ¿Cuántos lectores de Marx, como Giddens, habrán atribuido a Marx la paternidad de ideas ajenas esquematizadas por no saber cuál era el estado de las proto-ciencias sociales en su época? Sobre la economía política como una de las fuentes de la ciencia social contemporánea, véase Bilbao (2007).

su uso en el análisis económico: este camino habría supuesto una consciencia del problema implicado que estaban muy lejos de tener. Su procedimiento fue más gordiano [...]. Con la excepción de Marx, cuyo análisis de las clases sociales, por defectuoso que sea, es, de todos modos, análisis, los autores del periodo estudiado no realizaron en este campo ningún esfuerzo. Ni siquiera se les ocurrió la necesidad de un esfuerzo semejante”. Dicho “giro” o apartamiento “del análisis económico basado en las clases sociales” emprendido por la economía clásica fue para Schumpeter positivo, pues “era una consecuencia inevitable del progreso analítico, que cada vez impuso más una clara distinción entre las relaciones puramente económicas y otras con las cuales van juntas en la realidad”, como las relaciones entre clases sociales, cuestión que según Schumpeter y tantos otros autores del siglo XX ya no será económica sino sociológica. Y sigue: “sólo Marx, pues, entre todos los analistas destacados, se quedó con la connotación clasista de las categorías económicas, y lo hizo conscientemente y por principio. Notó, desde luego, la tendencia dominante a apartarse de esa connotación, pero la rechazó sencillamente como un síntoma más de la degeneración de la economía burguesa”.¹⁴

¹⁴ Schumpeter continúa diciendo –un tanto teleológicamente– que en Marx el concepto de clase social “unifica su sociología y su economía, al hacer que el mismo concepto de clase sea fundamental para ambas. [...] Desde este punto de vista, cualquier intento de formar categorías económicas que no sean clases sociales [giro de los autores de esa época, como acabamos de ver] tiene que parecer un intento de eliminar u oscurecer la verdadera esencia del proceso capitalista”. Schumpeter interpreta correctamente el planteamiento de Marx, pues ciertamente éste criticó en 1872 lo que consideraba una degeneración de la economía política (véase el epílogo a la 2ª ed. del Libro I, que contiene análisis propios de lo que hoy llamamos sociología de la ciencia, por ejemplo en Marx 1999: 13). Y a partir de esa interpretación correcta, llega a la conclusión –más discutible– de que Marx se equivocaba en esto, pues el avance del análisis exigía abandonar para el análisis económico la categoría de “clase social” (que, recordémoslo, ningún autor había formulado aún como categoría científica). Con todo, Schumpeter considera que este error no era imputable únicamente a Marx, quién no hizo sino actuar como lo que Schumpeter considera que en realidad fue siempre Marx: un discípulo de Ricardo, quien al heredar de éste su visión de la economía heredó también (entre el resto de limitaciones de sus análisis) la idea de la importancia de las clases sociales, que luego se empeñó en mantener con excesiva fidelidad a su maestro, en lugar de abandonarlo como acertadamente hicieron otros economistas. Ciertamente, Marx (1975) reconoció en 1868 su gran deuda con Ricardo, pero parece excesivo equiparar las propuestas

LA SOCIEDAD CIVIL

Una vez visto qué era la economía política y la relación de Marx con ella, estamos en mejores condiciones para comprender cuál era su proyecto intelectual en los años en que trabajaba en el Libro I de *El capital* (proyecto que, con digresiones e interrupciones, ya no abandonaría hasta su muerte). El propio Marx lo presenta de forma clara en el lugar destacado en que los autores suelen exponer sus propósitos a la hora de publicar una obra: el prólogo de la misma. Lo que puede leerse en el de la primera edición del Libro I es que “el objetivo último de esta obra es, en definitiva, sacar a la luz la ley económica que rige el movimiento de la sociedad moderna.”¹⁵ Lo que no explica ahí es por qué lo que rige el movimiento de la sociedad moderna es precisamente una ley *económica* y no de otro tipo (política, jurídica, geográfica, o cultural); ni tampoco *histórica*, lo que habría encajado mejor con la llamada “concepción materialista de la historia” (expresión sobre la que diremos algo enseguida). Tampoco explica por qué se trata de una única ley y no de un conjunto de ellas, dando así pábulo a las acusaciones de unilateralismo que tanto juego han dado a sus críticos a lo largo de siglo y medio. Esa clase de explicaciones argumentadas no se suelen ofrecer en los prólogos, y *El capital* no es una excepción a esto. Los lectores tienen que adentrarse en sus meandros para encontrar las respuestas a esas y otras preguntas, y sin duda van dando con ellas a lo largo del Libro I.

Para dilucidar bien por qué para Marx lo que rige el movimiento de la sociedad moderna es una ley económica (de las sociedades pasadas o las tradicionales coetáneas a su tiempo no dice nada, pues no son aquí su objeto de estudio) no hace falta remontarse a *La ideología alemana*, texto escrito 20 años antes y nunca publicado en vida de Marx¹⁶. Ya hemos mencionado más arriba que su proyecto

teóricas de un autor y otro. (Salvo donde se indica lo contrario, todas las citas literales de esta nota a pie y del párrafo de que cuelga son de Schumpeter 1994: 613-616).

¹⁵ Marx (1999: 8). La traducción de M. Sacristán en las *OME* (1976: 7) coincide plenamente: “revelar la ley económica de movimiento de la sociedad moderna”. Igual que en la nota a pie nº 11, “esta obra” se refiere al conjunto de *El capital*, proyecto unitario que Marx tenía esbozado desde años atrás y al que alude siempre como un todo articulado.

¹⁶ Se trata de un texto consagrado por el materialismo histórico, pero problemático desde el punto de vista de la lectura en producción (Carver 2010). Un texto escrito a dúo por Marx y Engels como documento de trabajo y puesta en común. Marx (2008: 6) cuenta retrospectivamente que lo escribieron para “ajustar cuentas con nuestra

teórico estaba expuesto de forma diáfana en un texto algo anterior al Libro I, la *Contribución a la crítica de la economía política* de 1859, donde Marx había enunciado retrospectivamente su descubrimiento de que la clave de la sociedad moderna estaba en la economía política. Para entender mejor esto hay que reproducir la frase en que se encuentra la alusión a la economía política que extractábamos antes: “tanto las relaciones jurídicas como las formas de Estado no pueden comprenderse por sí mismas ni a partir de lo que ha dado en llamarse el desarrollo general del espíritu humano, sino que, por el contrario, radican en las condiciones materiales de vida cuya totalidad agrupa Hegel, según el procedimiento de los ingleses y franceses del siglo XVIII, bajo el nombre de 'sociedad civil', pero que era menester buscar la anatomía de la sociedad civil en la economía política”. (Marx 2008: 4).

Más allá de la consabida crítica “materialista” a Hegel, que es a quien se alude al hablar del “desarrollo general del espíritu humano”, Marx no volvió a ocuparse de la crítica de ese autor después de haber cumplido 27 años. De lo que está dando cuenta aquí Marx es de un desplazamiento epistemológico. Lo que presenta aquí es otra cosa distinta, que podría contemplarse como un desplazamiento de una formación discursiva a otra: desde la tradición filosófica de la que se nutrió a lo largo de toda su vida hacia la economía política como ciencia social de su época, ciencia social a cuya crítica Marx dedica su energía a partir de un momento de su vida. Crítica rupturista de los fundamentos de esa ciencia, pero manteniendo el foco de interés en el mismo lugar en que ya lo habían puesto décadas antes los grandes autores a los que critica, notablemente Ricardo: el trabajo humano como única fuente de la riqueza, del valor de las mercancías. La crítica de la economía política no consiste en dejar de lado ese objeto y sustituirlo por otro formulado en los términos de la “concepción materialista de la historia”, sino en reenfocarlo desde una mirada más amplia, armada filosófica y políticamente, para articularlo con los determinantes históricos institucionales propios de la sociedad moderna.¹⁷ Marx centra su

antigua conciencia filosófica. [...] Nuestro objetivo principal: comprender nosotros mismos la cuestión”.

¹⁷ La crítica de la economía política “supone una modificación radical de la idea de economía política, como consecuencia de la consideración de aspectos sociopolíticos y dinámicos; y, en términos aún más generales, de una concepción distinta de la cientificidad. A través de la problemática del trabajo socialmente necesario, Marx integra un conjunto de normas sociales (normas de productividad y necesidades sociales tratándose del valor de la fuerza de trabajo) y de coacciones sociopolíticas (dispositivos de coacción al plus-trabajo en el lugar de trabajo) en lo que él plantea

esfuerzo en *El capital* en mostrar que las categorías propias de la economía política no son atemporales, universales ni inherentes a la condición humana (y por tanto, objeto de una antropología filosófica y una filosofía política), sino netamente *históricas*, específicas de las sociedades en que impera el modo de producción capitalista.¹⁸

En este sentido, puede decirse que la crítica filosófica que contiene *El capital* no se dirige a la tradición filosófica alemana, sino a la filosofía política y la antropología filosófica implícitas en la economía política¹⁹. Una lectura en producción del Libro I hace esto más visible a través de un pequeño rodeo filológico en torno a un término de la lengua en que escribía Marx. Ese término es el de *bürgerliche Gesellschaft*, que la gran mayoría de los traductores de las obras de Marx a los principales idiomas de producción y difusión intelectual mundial han vertido como “sociedad burguesa”. Esta traducción entronca con la llamada “concepción materialista de la historia” o “materialismo histórico”, que como es sabido no se encuentra expuesto sistemáticamente, ni *argumentado teóricamente*, en ningún texto publicado por Marx²⁰. Pero otra posible

como el concepto económico decisivo: el valor. [...] Estas innovaciones sustanciales y formales son decisivas, pero siempre son introducidas para aportar soluciones a problemas propiamente económicos; y siguen estando subordinadas a la efectucción de un proyecto cuyo propósito y cuya realización atañen a la economía política” (Renault, 2017: 156).

¹⁸ Sobre esto, véase el artículo de C. Ruiz Sanjuán contenido en este monográfico.

¹⁹ Véase el artículo de Mikel Angulo en este monográfico de *Sociología histórica*.

²⁰ Véase Martínez Marzoa (1982: 92 y ss.), Fernández Liria (1998), Domenech (2009) y Muñoz Veiga (2014). Es fácil de entender que para un autor tan exigente consigo mismo y tan esquivo con los compromisos editoriales como Marx, publicar significaba ante todo *hacer público*. Hasta la edad de 41 años (1859) no presentó por primera vez al público los resultados de sus investigaciones teóricas, aunque para entonces ya había escrito miles de páginas y publicado textos políticos, ensayos por entregas, artículos periodísticos, y un par de libros de carácter eminentemente polémico (*La sagrada familia* y *Miseria de la filosofía*). Tal vez la “concepción materialista” de la historia (expresión usada por primera vez en el título de la primera parte de *La ideología alemana* para contraponerla a la concepción idealista) fue rompedora en el marco de los debates neo-hegelianos en los que estuvo inmerso el joven Marx, pero no tanto en términos historiográficos. Muchos lectores de *La ideología alemana* (sobre la que ya dijimos algo en la nota nº 16) ignoran que A. Smith ya había distinguido cuatro estadios de evolución social basados en la actividad económica

traducción de esa expresión recurrente en la obra de Marx es “sociedad civil”, que a menudo resulta más plausible que la primera teniendo en cuenta que i) resulta semánticamente tan pertinente como ella²¹, y que ii) el propio Marx explica de dónde toma la expresión en el mismo pasaje de 1859 que hemos citado (Marx 2008: 4). El hecho de que Marx (1971: 8) ponga la expresión “sociedad civil” entre comillas refuerza lo que dicho pasaje da a entender claramente, a saber: que está tomando un término ya muy consolidado en 1859 por esos “ingleses y franceses del siglo XVIII”, ya clásicos en tiempos de Marx, a los que cita a menudo en diferentes textos suyos: Rousseau, Ferguson, Adam Smith... Autores que, a su vez, toman la expresión de otros anteriores como Hobbes y Locke²². Si el significado histórico de esa expresión ha quedado enterrado para los científicos sociales actuales es por varias razones, a cuál más lamentable: porque estos no conocen la historia de sus propias disciplinas, porque la incorporación del materialismo histórico a los planes de estudio de Secundaria y Grados universitarios han convertido en una obviedad escolar que Marx escribió básicamente sobre –y contra– la “sociedad burguesa”, y porque las actuales ciencias sociales han trivializado el término “sociedad civil” usándola para referirse a “una gran red [...de] organizaciones, movimientos y asociaciones, así como a las relaciones entre ellas; es decir, a todo aquello que no es ni Estado ni mercado” (Requena 2008: 8). En la segunda parte de este texto volveremos sobre la recepción de *El capital* por parte de la sociología actual.

predominante en cada sociedad: caza, pastoreo, agricultura y comercio (Colomer 1997: 57). La prueba de que Marx ya había leído al escocés cuando escribió con Engels *La ideología alemana* es que es uno de los autores más citados en los manuscritos escritos en París (Marx 1995) dos años antes. Tampoco fue tan innovador resaltar la importancia estructural de las clases sociales, que como hemos visto ocupaban una pieza importante en la economía política, y el propio Marx reconoce que ya los historiadores franceses habían destacado los conflictos entre ellas. La expresión “materialismo histórico” ni siquiera aparece en la obra de Marx, como constata uno de los estudiosos actuales que mejor la conocen (Heinrich 2016 –trad. al español para este número monográfico de *SH*).

²¹ El adjetivo *bürgerliche* puede traducirse tan bien por “civil” como por “burgués”: antes de ser una clase social, los burgueses eran los habitantes de un burgo, como testimonian tantas ciudades de toponimia germánica que llevan ese lexema en su nombre (Hamburg, Friburg, Strasburg, etc.).

²² Foucault (2007, véase sobre todo el último capítulo) ha destacado, en este sentido, la importancia del concepto de sociedad civil en las raíces del pensamiento liberal.

La economía política sería, en definitiva, la ciencia de la sociedad civil, esfera de lo social que Hegel (1975) diferencia de otras como la familia y del Estado (cada una con sus propias reglas de juego), y que constituye el ámbito de las relaciones entre sujetos formalmente libres e iguales que satisfacen sus necesidades intercambiando mercancías, en una búsqueda consciente y legítima de su propio interés particular²³. Para mostrar la importancia que adquiere el concepto en la obra de Marx, citemos dos pasajes sacados de distintas obras suyas que quedarían oscurecidos por el uso de “sociedad burguesa” en lugar de “sociedad civil”: la “sociedad civil es el verdadero hogar y escenario de toda la historia, [...] cuán absurda resulta la concepción histórica anterior que, haciendo caso omiso de las relaciones reales, sólo mira, con su limitación, a las resonantes acciones y a los actos del Estado. La sociedad civil abarca toda la relación material de los individuos en una determinada fase de desarrollo de las fuerzas productivas. Abarca toda la vida comercial e industrial de una fase y, en este sentido, trasciende de los límites del Estado y de la nación, si bien, por otra parte, tiene necesariamente que hacerse valer al exterior como nacionalidad y, vista hacia el interior, como Estado. [...]. La sociedad civil en cuanto tal sólo se desarrolla con la burguesía; sin embargo, la organización social que se desarrolla directamente a base de la producción y la relación, y que forma en todas las épocas la base del Estado y de toda otra superestructura idealista, se ha designado siempre, invariablemente, con el mismo nombre” [es decir: como sociedad civil] (Marx y Engels 2005: 74-75). O este otro: “A determinadas fases de desarrollo de la producción, del comercio y del consumo corresponden determinadas formas de constitución social, una determinada organización de la familia, de los estamentos o de las clases; en una palabra, una determinada sociedad civil. A una determinada sociedad civil corresponde un determinado régimen político, que no es más que la expresión oficial de la sociedad civil” (Marx 1987: 133).²⁴

²³ “Todo trato es: dame esto que deseo y obtendrás esto otro que desees tú; y de esta manera conseguimos mutuamente la mayor parte de los bienes que necesitamos. No es de la benevolencia del carnicero, el cervecero o el panadero lo que nos procura nuestra cena, sino el cuidado que ponen ellos en su propio beneficio.” (Smith, 1998: 45-46).

²⁴ Respecto a *El capital*, puede verse esto mismo en Marx (1999: 6, 8, 173, 892, 961). En España, el autor que más ha subrayado la importancia de esta cuestión filológica (que sólo surge como problema interpretativo a la hora de traducir o leer traducido a Marx) es Martínez Marzoa, de quien en este monográfico republicamos un breve texto de 2008, además de un artículo de S. Royo analizando el estudio de Marzoa sobre *El capital* de 1983.

Se entiende pues que, una vez disueltos los vínculos feudales, dicha esfera ocupe el centro del espacio social en las sociedades modernas, hasta el punto de que la dificultad para traducir *bürgerliche Gesellschaft* a otras lenguas procede de que ésta designa en algunas ocasiones dicho ámbito específico (de lo civil), y en otras, por metonimia, el conjunto de la sociedad moderna (“burguesa”). Todo esto permite entender, sin tener que pasar por el materialismo histórico, que “la ley del movimiento de la sociedad moderna” sea una ley económica, y por qué el Libro I empieza con el análisis de la mercancía como “unidad celular” de sociedad civil (y no, por ejemplo, de la familia, cuyos miembros no intercambian mercancías entre sí). La crítica de la economía política no es sólo una crítica epistemológica a los fundamentos de un determinado saber sobre lo social, sino también una crítica a la filosofía política moderna que consagra a la sociedad civil como esfera central de la sociedad burguesa.

LECTURAS DE *EL CAPITAL* EN RECONOCIMIENTO

Contemplar *El capital* "en reconocimiento" resulta, a priori, una tarea cuyas premisas e implicaciones resultan, como ya señalamos, aparentemente obvias: “tratamos con un ‘Marx’ inevitablemente textualizado cuya identidad y significación están poderosamente gobernados por nuestras propias prioridades políticas y problemas intelectuales, que resultan diferentes de los del propio Marx. Esta línea nos conduce no sólo de Marx hasta ‘Marx’ sino más allá aún: hasta la idea de una multiplicidad de Marxes, dada la imposibilidad de decidir, o de necesariamente querer decidir, cómo pueden calibrarse todos estos inputs. La fuerza de esta aproximación a Marx en tanto inestable y ‘producida’ es que debe enfrentarse a la cuestión del *pluralismo*” (McLennan 2001: 52). Toda lectura de *El capital* es, pues, una re-lectura condenada de antemano a re-significar parte de los sentidos previamente atribuidos a la obra en relación con la evolución sufrida por contextos y problemáticas, tanto científicos como socio-políticos.

Y, no obstante, detrás de un "debate" que es tan sólo aparente ¿no persisten aún, en demasiadas ocasiones, los monólogos paralelos en torno a contenidos radicalmente heterogéneos adscritos a significantes similares únicamente en términos nominales? Con ello, ¿no estaremos insistiendo aún en operaciones de carácter “marxiológico” que, suspendiendo implícitamente la distancia entre producción y reconocimiento, se empeñan en validar unas lecturas sobre otras en torno a su presunta adecuación a un “verdadero” espíritu, intención o sentidos atribuidos a su autor? No resultaría sorprendente que así fuera pues si ha habido una obra sometida a un persistente proceso de fetichización (en el sentido

de tratar de emanciparla de las relaciones sociales pasadas y presentes, las únicas que le dotan de unos u otros sentidos –múltiples– científicos y políticos) esa ha sido *El capital* de Karl Marx.

Consecuentemente, podría no resultar baladí tratar de presentar una propuesta de indagación sistematizada acerca de la cuestión del *pluralismo* a la que debe enfrentarse actualmente toda lectura en reconocimiento. Esta propuesta supondría una suerte de ejercicio profiláctico destinado a contribuir a un, siempre inacabado, *proceso de desfetichización* de la obra.

CUATRO INTERVENCIONES EN RECONOCIMIENTO

“Cada generación lee de forma distinta a un mismo autor (el caso de Marx es paradigmático)” (Rodríguez Aramberri *et al.* 1989: 11). Un tópico verdadero siempre que tengamos en cuenta que el ritmo de las generaciones de lectores no lo marca una pauta cronológica fija que se repita cíclicamente, sino el desarrollo de procesos y la sucesión de acontecimientos que marcan el cambio en las condiciones de recepción de un determinado autor o, mejor dicho, de cada uno de sus textos.

¿Cuáles han sido, en las últimas décadas, esos procesos y acontecimientos? La caída del bloque soviético, el despliegue del “neoliberalismo” como renovación de las estrategias de relanzamiento de la tasa de beneficio, el fin del “fordismo” y su sustitución por un nuevo régimen de acumulación global flexible, la “automatización” de los procesos productivos, el paro estructural (“ejército industrial de reserva”), la crisis del “Estado social” vinculado al salariado, las nuevas formas de explotación flexible de la fuerza de trabajo (precariado, falsos autónomos...), el aumento de las desigualdades sociales, la “financiarización” de la economía, la irrupción de gigantes tecnológicos con nuevos modelos de negocio y de centralización del capital, la entrada en escena de China como superpotencia capitalista, la crisis mundial que arrancó en 2007, etc.

Por supuesto, las claves para comprender todo esto no son inmediatas, no hay un ningún camino, visible o invisible, que conduzca directamente de todos esos procesos y acontecimientos a UNA lectura de *El capital*. Se requiere de un trabajo de re-significación en tensión con todos o parte de los procesos aludidos. ¿Quién hace ese trabajo de re-significación? Pregunta que lleva a un segmento concreto de lectores de Marx: aquellos que además de leerlo escriben sobre lo que leen, “expertos” o “intelectuales” de diferentes áreas que son los que se ocupan de las lecturas en reconocimiento de un autor y sus escritos. Filósofos,

científicos sociales, “intelectuales marxistas” o “críticos” sin vinculación académica, etc. Lectores que leen determinados textos y escriben sobre ellos, re-interpretándolos e interpretando la realidad social a través de ellos. Es ese tipo de lectores el que, a través de sus interpretaciones y sus diagnósticos, van a *dar a leer* los textos de Marx a aquellos otros lectores “generacionales” de los que hablábamos al principio. Cada vez que un intérprete escribe algo citando *El capital*, está interviniendo en un ámbito intelectual, haciendo una apuesta que, a menudo, sólo tiene pleno sentido, de entrada, en ese ámbito.

Con el objetivo de ordenar mínimamente tal pluralidad, esas intervenciones-interpretaciones podemos suponer que adoptan, al menos de entrada, alguna de las siguientes formas:

- La forma menos visible (en el sentido de que pasa desapercibida) es el trabajo filológico e historiográfico sobre los textos del autor en cuestión, en este caso de Marx. Un trabajo muy necesario teniendo en cuenta todos los avatares sufridos por esos textos, de los cuales sólo una parte relativamente pequeña fueron publicados por el propio Marx. Señalaremos este trabajo, en lo sucesivo, como “intervención histórico-filológica”, consistente en poner en relación los diferentes corpus textuales entre sí y el conjunto de la obra del autor con sus contextos históricos, sociales, académicos, etc.
- Luego están las intervenciones más propias del ámbito filosófico (y también de lo que en el mundo anglosajón denomina “teoría social”): la interpretación de esos textos, ofreciendo una lectura más o menos crítica que se presenta en cada caso como la más correcta, lúcida, perspicaz, etc., puesto que va acompañada siempre de críticas a otras interpretaciones. La señalaremos aquí como “intervención filosófica o teórica” y consistiría, de entrada, en poner en relación la obra consigo misma en términos de su coherencia lógica interna.
- Otra forma de intervención sería la de los científicos sociales en general (economistas, psicólogos, sociólogos, antropólogos, etc.) es decir, aquellos cuya principal actividad es la investigación empírica y que suelen orientar sus lecturas hacia la búsqueda de herramientas teóricas (conceptos, modelos, hipótesis...) que enriquezcan dicha actividad investigadora. Señalaremos este tipo de trabajo como “intervención científico-social”, describiendo con ello una aproximación la consistente en poner en relación la obra, o parte de ella, con el análisis empírico de una problemática científicamente definida.

- Por último, para los “intelectuales críticos”, que intervienen como tales a través de textos destinados a un público más amplio que el de los tres ámbitos anteriores, los textos de Marx tienen también interés en la medida en que se puedan encontrar en ellos (tal es su apuesta) claves para llevar a cabo una interpretación *correcta* de la realidad política y una actuación exitosa en ella, en disputa con las otras interpretaciones y actuaciones en concurrencia. Estos intelectuales críticos que intervienen en política proceden generalmente de alguno de los tres campos anteriores, en los que suelen ser también agentes (nótese que no estamos clasificando tipos de agentes, sino formas de intervención en reconocimiento sobre un corpus textual). Nombraremos este tipo de operaciones como “intervención socio-política”, refiriéndonos con ello al hecho de poner en relación la obra o parte de ella con la tematización y/o actuación políticas sobre problemáticas definidas socio-políticamente.

Este esquema es deliberadamente genérico e inespecífico: obviamente, esas intervenciones se pueden dar simultáneamente en un mismo trabajo o, también, un mismo autor puede aplicarse en momentos diferentes a unas u otras, indistintamente. Es, además, un esquema tosco pues no se trata de utilizarlo para hacer ninguna cartografía exhaustiva de las intervenciones registradas sobre *El capital* (en tal o cual período, en tal o cual territorio), sino de utilizarlo para interrogarnos acerca de: por un lado, la necesidad de reconocer las especificidades propias de las operaciones típicas de cada uno de estos ámbitos; y, por otro lado, la necesidad, desde el punto de vista de la crítica, de la pregunta acerca de la articulación *sui generis* entre esas cuatro operaciones que se estaría produciendo siempre con cada nueva re-lectura. Veámoslo con algo más de detalle.

a) El tratamiento filológico de los textos de Marx despierta a menudo las protestas impacientes de quienes, comprensiblemente cansados de las disquisiciones y discusiones aparentemente interminables sobre lo que Marx dijo o dejó de decir, o sobre la importancia relativa y el lugar que ocupan en el conjunto de su obra tales o cuales decires, tales o cuales textos, consideran que *lo realmente importante* es el interés que tales decires puedan tener para nuestra actualidad, es decir, su aplicación a las cuestiones que ocupan la atención de nuestros contemporáneos... No obstante, uno de los autores recogidos en este monográfico (Martínez Marzoa) realizó desde finales de la década de 1970 una

importante renovación del estudio de la obra de Marx partiendo de ese punto de vista histórico-filológico. En concreto, desbrozando el conjunto de la obra de Marx a partir de la pregunta sobre el lugar que ocupan en ella los distintos textos que la forman: los inéditos y los publicados por el propio autor, los prólogos y las anotaciones al margen, los artículos de prensa y los trabajos de investigación, las versiones de un mismo capítulo varias veces escrito y republicado en distintos idiomas (que de todo ello abunda en la obra de Marx). Pregunta que nos parece muy necesaria en la medida en que estamos ante uno de los autores más manoseados por lectores y editores, no sólo leído fragmentariamente por aquellos, sino también publicado fragmentariamente por estos, en forma de recopilaciones, *readers* y obras escogidas con fines académicos o políticos²⁵.

Lo mismo ocurre con el resto de intervenciones. Las operaciones de re-lectura en reconocimiento que hemos convenido en denominar ‘filosóficas o teóricas’ deben ser evaluadas, de entrada, en relación con la coherencia lógica y conceptual interna de la propuesta: a sabiendas de que ‘otras’ propuestas son también predicables respecto de *El capital*. Es decir, una intervención teórica sobre dicho corpus textual puede ser evaluada en términos estrictamente teórico/filosóficos: “¿resulta la re-lectura propuesta internamente coherente?” De la misma manera que una intervención científica –en ciencias sociales– puede también evaluarse en los suyos propios: “los datos resultantes en relación con la concatenación de las hipótesis consideradas, ¿arrojan más o menos luz sobre las mecánicas que arman las problemáticas estudiadas que otras alternativas?” Así, con las operaciones de tipo “científico-social” o empíricas es la adecuación de las hipótesis y la trama conceptual importada en relación con el objeto de estudio y sus resultados lo que estaría, de entrada, en juego (más acá de la “marxianidad” más o menos “esencial” de dichas importaciones). Lo mismo ocurre con las

²⁵ Por citar sólo los dos ejemplos que tenemos más a mano, entre los muchos que podrían nombrarse: Bottomore y Rubel (1968, edición original de 1956) y Marx (2002 –se desgaja y combina con otros textos la primera parte de *La ideología alemana*, y Engels desaparece como autor de la misma). Sólo comprendiendo el contexto de toda esta laberíntica maraña de textos y lectores (sin entrar aún en las interpretaciones) puede entenderse que L. Althusser (1973:10, edición original de 1965), escribiera que “algún día hay que leer *El capital* entero, los cuatro libros, línea por línea”, y mejor en su versión original alemana, y cuatro años después recomendara a los potenciales lectores de ese libro saltarse los primeros capítulos, que otros estudiosos han considerado que son precisamente los capítulos más importantes del libro más importante de Marx (Althusser 1977, edición original de 1969).

intervenciones políticas apoyadas en la obra, también éstas pueden evaluarse en términos propiamente políticos: “tal programa estratégico de actuación colectiva, frente a sus alternativas, ¿abre más o menos espacios y posibilidades de autodeterminación reflexiva o de 'libertad' para el conjunto de los miembros de la colectividad considerada?” Cabe así el caso de que una intervención política (por ejemplo, la renta básica universal) pueda ser positivamente evaluada (frente al trabajo garantizado, por ejemplo) *en términos políticos* y, simultáneamente, criticada en lo relativo a los desarrollos científicos (cuestionando los ejercicios de simulación contable estáticos que realizan algunos de sus partidarios²⁶) o filosóficos (problematizando la formulación, implícita, que se opera de un capitalismo sin capital), *deudores de la obra del mismo autor* (Marx) de los que se reclama heredera dicha intervención política. En otras palabras, los distintos *regímenes de intervención* sobre, desde o con la obra del autor, presentan cada uno de ellos, especificidades propias irreductibles las unas a las otras.

b) Y, sin embargo, al mismo tiempo, esos distintos regímenes de intervención (filológicos, filosóficos, científicos y políticos) no evolucionan de espaldas los unos de los otros, sino que siempre, aun implícitamente, se relacionan entre sí. No hay forma de desarrollar una re-lectura teórico-filosófica de la totalidad o parte de la obra del autor que no presuponga tanto su filiación con determinadas intervenciones científicas previas como con determinadas intervenciones políticas (también inspiradas en esa misma obra de referencia). A su vez, una intervención sociológica, económica, etc., por parcial que resulte el uso que se pretenda hacer de la tecnicidad conceptual del autor de referencia, presupone siempre, aun implícitamente, una determinada coherencia relativa a una re-lectura de una parte más amplia de la obra del susodicho, etc.

Vamos a poner un ejemplo de esto con un esbozo de evaluación crítica del contenido de una propuesta, la *Marxism Sociology* de Burawoy y E. O. Wright, que data del 2002 (detalle importante), a partir del marco general de análisis en reconocimiento que estamos proponiendo. Resulta relativamente sencillo poner en relación las *discussions* de los autores (Burawoy y Wright, 2002: 459 y ss.) con nuestras “intervenciones”: su *propagating marxism* remite a las operaciones político-sociales de reconocimiento características del materialismo histórico de principios del siglo XX; el *using marxism* a las operaciones, ya contemporáneas, en materia científico-social (casi completamente desconectadas tanto de las filosóficas como de las políticas); por último, el *building marxism* consiste en un

²⁶ Véanse, por ejemplo, los trabajos que a este respecto suelen aparecer en la revista [Sin Permiso](#).

desiderátum relativo a la necesaria puesta en relación de operaciones filosóficas y científico-sociales con un nuevo tipo de intervención político-social (completamente diferente a la caracterizada como *propagating marxism*). En definitiva, el *sociological marxism* defendido por los autores consistiría entonces en un *building marxism* en donde el acento se pone básicamente en una articulación de nuevo tipo entre operaciones científico-sociales y operaciones políticas.

Que las intervenciones filosófico-teóricas resultan sospechosas, para estos autores, de haber empujado la obra madura de Marx al *impasse* del *propagating marxism* (desde la II Internacional en adelante) es lo que se desarrolla a lo largo de las siguientes siete páginas (*ibíd.*: 461-468). La teoría de la trayectoria y el destino predicable del capitalismo (*ibíd.*: 461), centrada en las leyes del movimiento del capital (*ibíd.*: 462), lastrada por la “ausencia de evidencia empírica” acerca de la tendencia a la intensificación de las crisis (*ibíd.*: 466) y las “debilidades de la teoría del valor-trabajo” en la que se basa la tendencia a la caída de la tasa de beneficio (*ibíd.*: 467), habrían sobresaturado tanto una necesaria teorización de la “reproducción contradictoria” del capitalismo, como la relativa al socialismo y el comunismo, en tanto alternativas emancipadoras al capitalismo.

Frente al *propagating marxism* entienden entonces que: a) o bien se intenta una reconstrucción de la teoría de la dinámica de desarrollo del capitalismo (intervención filosófico-teórica); b) bien nos aplicamos a “la teoría de la reproducción contradictoria de las relaciones de clase capitalistas. Estrategia esta última que es la que adoptan, lo cual implica identificar los procesos causales dentro de las sociedades capitalistas que presenten amplias ramificaciones en lo relativo a la naturaleza de las instituciones presentes en ellas y de las perspectivas para el cambio social emancipador, pero sin identificar un proceso dinámico inherente que impulsara tales sociedades hacia un destino específico de carácter emancipador” (*ibíd.*: 468). Esto es, para estos autores: se trataría de replantear las intervenciones socio-políticas a la luz de intervenciones de carácter científico-social inspiradas en la obra madura de Marx.

No obstante, la “teoría de la reproducción contradictoria de las relaciones de clase capitalistas” con la que se pretende saturar la intervención científico-social propuesta guarda una relación únicamente nominal y con escasa coherencia teórica interna respecto a *El capital*. Es decir, los desarrollos “conceptuales” que se operan (*ibíd.*: 468 y ss.) no parecen presentar ninguna conexión orgánica sistemática con la obra madura de Marx (más allá de hablar de “relaciones de

producción”, “clase”, “explotación”, etc.). Por ejemplo: las relaciones de producción remiten a propiedades de “actores individuales” que “tienen diferentes clases de derechos y poderes sobre el uso de los inputs y sobre los resultados de sus usos”. Derechos y poderes sobre recursos que se suponen “atributos de las relaciones sociales” resultando (*constitute*), no obstante, esas relaciones sociales “la suma total de esos derechos y poderes” de los actores individuales (*ibíd.*: 469). Toda esta conceptualización, así como la de la “explotación” (principios de exclusión, de apropiación y de interdependencia inversa en el disfrute entre un explotador y un explotado –nótese que los mismos permiten conceptualizar también como explotación las relaciones entre géneros, entre fracciones de la clase asalariada, etc.– *ibíd.*: 471) remite a un individualismo metodológico de carácter analítico que se explicita de soslayo en referencias marginales a Cohen y Elster (notas 27 y 30). A su vez, el *output* generado por este tipo de conceptualizaciones aplicado al problema de la “reproducción de la estructura de clase” no resulta casual que deba ser defendido preventivamente por los propios autores en relación con futuras acusaciones de constituir una “nueva variedad de funcionalismo” (*ibíd.*: 476). Etc.

Estas discusiones, internas a las intervenciones científico-sociales actuales desde *El capital* se aclaran, en cualquier caso, si tenemos en cuenta que dependen, en buena medida, de su articulación con los otros tipos de intervenciones a las que nos hemos referido previamente: en particular, en este caso, con las filosófico-teóricas. Efectivamente, Burawoy y Wright optan por deshacerse completamente de estas últimas, desechando el grueso de los desarrollos conceptuales básicos de la “crítica de la economía política” (trabajo abstracto, valor y capital). Paradójicamente (dada su repulsión explícita respecto de todo planteamiento teleológico), este hecho les vuelve ciegos respecto de la historicidad característica del contenido de su propia apuesta: lo que en 2002 parecía secundario (la teoría de la insostenibilidad a largo plazo del desarrollo capitalista) a partir del 2007 reaparece como fundamental. A su vez, la solución planteada al posible carácter funcionalista de los resultados, exorcizada presuntamente con el término *contradictory*, se resuelve finalmente en una casuística a escalas nacionales (República de Weimar, Iª República Portuguesa, la República Francesa de las décadas de 1960 y 1970, etc.) de las diferentes formas institucionales desplegadas, así como de sus éxitos o fracasos, coyunturales, en la reproducción del “orden social” (*ibíd.*: 476 y 477). Casuística que, dada la amplitud mundial de los fenómenos sociales asociados a la crisis (léase, sin ir más lejos, la desigualdad), resulta en 2018 completamente insuficiente. Etc. A la luz de los desarrollos sociales recientes, cabe señalar que el resultado del *Sociological Marxism*, se

parece más al *using marxism* –despreciado inicialmente por los autores por su carácter meramente descriptivo y empiricista (*ibíd.*: 459)– que al postulado *building marxism*.

En definitiva, los debates internos a cada tipo de intervención se aclaran ostensiblemente si ponemos unas y otras apuestas en relación con el resto de intervenciones (aún implícitas) en las que se apoyan o con las que resultan solidarias. En el caso comentado: el particular tipo de relación entre una intervención científico-social con otra filosófico-teórica (relación de exclusión, de facto: al subsumir la única coherencia lógica interna predicable sobre la obra madura de Marx a su versión “materialista histórica”), permite aclarar los *impasses* en los que se mueve la primera, así como su solidaridad con ciertas intervenciones político-sociales (las propias de la socialdemocracia europea contemporánea que su propuesta toma como interlocutor implícito).

De este modo, la *pluralidad* con la que empezamos a significar las operaciones en reconocimiento significaría, concretamente, atender a la necesidad de discriminar entre dos operaciones posibles/necesarias: la relativa a la idoneidad, *en el interior de cada régimen de intervención*, de las operaciones propuestas y sus resultados (lo que nos permitiría poner en valor, una a una, parte de las referencias –por ejemplo, las relativas a la sociología de la educación– movilizadas por Burawoy y Wright *en sus propios términos*); y la operación complementaria consistente en dilucidar *la especificidad de las formas de relación*, aún implícitas, de dicha apuesta (teórica, científica o política) *con el resto de las modalidades de intervención que contemporáneamente están funcionando en relación con dicho corpus textual* (ejercicio crítico particularmente provechoso cuando lo que se nos propone es, como en el caso anterior, una *Marxism Sociology* con pretensiones totalizantes –científico/políticas)²⁷.

²⁷ Puede pensarse esta problemática tirando de símil de los deportes de equipo (por ejemplo, baloncesto): la evaluación de *performances* y resultados aquí implica siempre considerar, por un lado, a los individuos en tanto que subsumidos en una categoría específica (por ejemplo, base, escolta, ala, pívot, etc.), categoría que presenta determinaciones específicas respecto del comportamiento a desarrollar en cada caso; y, por el otro, la dinámica de las relaciones entre unas y otras categorías en los tiempos (por ejemplo, cuartos) en los que se subdivide el partido, acciones de ataque/defensa, etc. Si bien esta problemática es generalizable a cualquier hecho de índole organizacional.

En claro contraste con cuanto acabamos de mencionar, es precisamente la combinación explícita entre ambos tipos de operaciones lo que vuelve particularmente valiosas las reinterpretaciones de, por ejemplo, Michael Heinrich y Martínez Marzoa (desde el ámbito histórico-filológico), o de Moishe Postone, Heinrich y Martínez Marzoa (desde el ámbito filosófico-teórico), o de Pierre Naville y Pierre Rolle (desde el ámbito científico-social) o, finalmente, de William C. Roberts y Robert Kurz (desde el ámbito político-social). En todos los casos, arrancando la intervención de reapropiación a partir un ámbito explícitamente determinado, no se escamotean las implicaciones de la misma en relación con el resto de intervenciones que le resultan solidarias.

¿Presentan estas intervenciones, más allá de sus obvias diferencias, algunos elementos comunes en sus re-lecturas de *El capital*? Es más que posible. Desde un punto de vista histórico-filológico todas ellas parecen poner el acento en la obra madura de Marx, particularmente en el libro primero de *El capital* y en sus borradores preparatorios conocidos como los *Grundrisse*. En los ámbitos de intervención filosófico-teóricos, la gran mayoría de ellas plantean nuevas coherencias lógicas rearmadas siempre en torno a la centralidad del antagonismo trabajo/no trabajo (crítica *del* trabajo)²⁸ y tanto de la radical historicidad de las principales categorías marxianas como de su comprensión en tanto que categorías “críticas” (estableciendo con ello una considerable distancia con los materialismos *dialécticos* de épocas pasadas)²⁹. Las intervenciones científico-

²⁸ “¿Marx hace del trabajo una de las características especificadoras de la humanidad en el seno del reino animal (concepción antropológica del trabajo) o lo considera como una producción del capitalismo (historización del trabajo)? ¿Concibe el trabajo fundamentalmente como una actividad vital (el ‘trabajo vivo’) o como una mercancía y una relación social? ¿Critica el capitalismo desde el punto de vista del trabajo o, por el contrario, arremete contra el rol fundamental que le es asignado al trabajo por parte del capitalismo? ¿Consiste su ambición en emancipar al trabajo de las formas de dominación que le rodean o, por el contrario, en liberarnos del trabajo? Estas diferencias alternativas pueden ser remitidas a una sola: ¿crítica por el trabajo o crítica del trabajo? El segundo término de la alternativa corresponde a un punto de vista desarrollado por J.-M. Vincent, M. Postone y A. Artous, así como por P. Naville” (Renault 2017: 184).

²⁹ “A través de la ‘dialéctica histórica’, el ‘trabajo teórico dialéctico’, el ‘método dialéctico de *El capital*’ y la ‘crítica dialéctica’ de la ideología, se trata de subsumir todas las innovaciones filosóficas de Marx bajo un principio. [...] Podemos dudar al respecto porque es poco probable que todas las innovaciones filosóficas de Marx sean identificables bajo un concepto único y porque categorías como ‘práctica’ o ‘crítica’ parecen estar en mejores condiciones de dar cuenta de ellas. Mientras que Marx no ha

sociales con las que se vertebran presuponen tanto una reivindicación de la centralidad para el trabajo científico en ciencias sociales de una investigación empírica teóricamente dirigida³⁰, así como la focalización temática en las formas actuales de gestión administradas del salariado. Por último, las problematizaciones e intervenciones socio-políticas que reclaman, al reinterpretar los procesos de transformación actuales al hilo de la “crisis” de la forma-mercancía, del valor, etc., reactualizan las virtualidades inscritas en una re-consideración de la “*crítica* de la economía política” como “argumentadora” y polémica (orientada en producción por una serie de desacuerdos con los

dado ninguna indicación en cuanto a la articulación de las diferentes funciones de sus propias referencias a la dialéctica, se esforzó, por el contrario, a partir de su período de juventud, en articular los sentidos metodológicos y políticos de la idea de crítica; y es esa articulación la que sigue siendo determinante en su crítica de la economía política” (Renault 2017: 49-50). “La crítica de la economía política no admite ni método predeterminado (susceptible de figurar en ese capítulo de generalidades que habían previsto los *Grundrisse*), ni esquema teórico organizador (una dialéctica que fuese la ‘lógica de *El capital*’); pero hace uso de diferentes operadores lógicos y críticos exigidos por el desarrollo de una investigación científica y la persecución de objetivos políticos. El hecho de que las referencias a la dialéctica no tengan como función definir un método general o una lógica, sino sólo ciertos operadores específicos, probablemente permita comprender que a veces se trata de la ‘dialéctica científica’ y otras veces de la ‘dialéctica revolucionaria’, a veces de dialéctica como ‘método de exposición’ y otras veces de una dialéctica histórica de las contradicciones sociales; a veces de la dialéctica en sentido técnico sugerida por la idea de ‘leyes de la dialéctica’ y otras veces en el muy vago sentido de una dialéctica que se trata de ‘hacer entrar en las cabezas, inclusive en las de los niños mimados del nuevo Sacro Imperio prusiano-alemán’. Embarcarse en una empresa de unificación sistemática de estos diferentes usos [...] es [...] ignorar las diferentes lógicas y el contexto polémico de estas referencias” (Renault 2017: 62-63).

³⁰ “El racionalismo epistemológico adquiere la forma de un constructivismo (...). Según Marx, el procedimiento científico consiste, en general, en reconstruir el dato a la luz de las relaciones internas y de los procesos que estructuran la fenomenalidad. Esta epistemología constructivista es uno de los lugares de oposición de la economía política y la crítica de la economía política clásica, a la que se reprocha su método puramente analítico. La crítica de la economía política insiste en el rol de las relaciones y en la inscripción de los fenómenos en totalidades y procesos.” (Renault 2017: 165).

economistas políticos clásicos y compañeros socialistas)³¹ más que explicadora (como una revelación parcial de una gran teoría unificada a reconstruir).

Aquella segunda operación, la de dilucidar críticamente la especificidad de las formas de relación –aún implícitas– de tal apuesta teórica científica o política con el resto de las modalidades de intervención que le resultan solidarias, se revela hoy más pertinente y necesaria que nunca. En la medida en la que son los propios ámbitos disciplinarios académicamente especializados los que se encuentran en proceso de desestructuración y recomposición. No se trata únicamente de que las diferentes sub-disciplinas (por ejemplo, sociología del trabajo, sociología de las migraciones, sociología de la salud, sociología de la familia, etc.) asociadas a tal ciencia (por ejemplo, sociología) vean progresivamente erosionadas sus pretendidas especificidades y/o autonomías. No, son las fronteras mismas entre unas y otras ciencias sociales (por ejemplo, economía, sociología, psicología, etc.) las que se encuentran actualmente en un proceso acelerado de reformulación. Naturalmente estas erosiones tanto internas como interdisciplinarias correlacionan con procesos de carácter estructural: la desestructuración progresiva de las competencias ministeriales que sostenían

³¹ Esta posición resuena poderosamente con el realismo crítico, que combina el naturalismo general de las ciencias con el reconocimiento de la particularidad de objetos y métodos en las ciencias sociales, desbrozando el camino de las posibles filiaciones de las posiciones marxianas con algunos de los matices del ‘pragmatismo’ filosófico respecto del mismo: “El realismo ha sido persistentemente criticado desde una dirección ‘pragmatista’. (...) Es famoso, en sus Tesis sobre Feuerbach, el rechazo de Marx a las soluciones teóricas ‘contemplativas’ de los problemas, presentando como abstracto el estatus de ‘realidad’ del pensamiento y sus objetos. ‘La disputa sobre la realidad o no realidad de un pensamiento aislado de la práctica es una cuestión puramente escolástica’. Por el contrario, el asunto de la verdad, que es el de la ‘realidad y el poder’ es ‘una cuestión práctica’. El pragmatismo de Marx, como el pragmatismo filosófico renacido en los años recientes, puede moverse en diferentes direcciones. Una de ellas permanece firmemente realista porque, aunque Marx esté diciendo que la verdad y la realidad resultan únicamente operativas en relación con nuestra agenda práctica, la última, cuando se resuelve exitosamente, puede ser tomada razonablemente como proveyendo indicaciones confiables acerca de la naturaleza de toda clase de estructuras independientes. Alternativamente, Marx ha sido comprendido como diciendo que debemos olvidar estas cuestiones de la verdad y la realidad últimas, dado que sus naturalezas siempre se presentan a sí mismas en la forma de mediaciones humanas. Todo lo que tenemos y todo lo que necesitamos son formas de conocimiento ‘locales’ y prácticas. Esta es una mirada no-realista, pero no necesariamente anti-realista” (McLennan 2001: 51).

materialmente las compartimentaciones departamentales en torno a objetivos de actuación administrativa (el trabajo, el inmigrante, la delincuencia, la mujer, etc.) así como de la recomposición general de las estructuras y organizaciones sociales que, a lo largo del siglo XX, habían venido acompañando el despliegue y desarrollo de la relación salarial (la empresa, la negociación colectiva, las organizaciones sindicales, el Estado-nación...)³²

Paradójicamente así, una obra –*El capital*– que *en producción* generaba sus sentidos más acá de las especializaciones académicas que han caracterizado la organización social contemporánea de las ciencias humanas se convertirá, con toda probabilidad, en una fértil caja de herramientas para el desarrollo futuro de un conocimiento científico en vías de recomposición. En este papel, las apropiaciones simbólicas de los significantes adscritos al autor y a la obra habrán de ceder el paso a las comprobaciones de las mayores y mejores capacidades de explicación (y por ende de previsión) respecto de los procesos sociales analizados, por parte de las nuevas re-lecturas *en reconocimiento* de la misma. Tal es el sentido esencial del trabajo continuo de *desfetichización* de *El capital* que estos apresurados apuntes tratan de contribuir a profundizar.

EL CAPITAL Y LAS CIENCIAS SOCIALES ACTUALES

Las lecturas *en producción* y *en reconocimiento* a las que hemos aludido hasta ahora ayudan a situar y ponderar la relevancia y el impacto de una obra (inacabada) como *El capital*. No obstante, deberían servirnos también de apoyo para abordar una pregunta fundamental: ¿qué puede decirnos *El capital* sobre la marcha del mundo actual? ¿Qué puede aportar a los análisis que, desde las

³² En otras palabras, la crisis actual “de la Universidad” resultaría un proceso tan sujeto a la evolución de las relaciones salariales como lo habría sido la cristalización coyuntural en la Europa continental durante el siglo XX del modelo de universidad humboldtiano decimonónico. Así pues, este modelo no representa ningún estado “natural” de la organización social del conocimiento científico en trámites de su perversa disolución por un complot político “neoliberal” de carácter coyuntural: curioso proyecto el de una “mercantilización” del “conocimiento” que se concreta en la multiplicación de procedimientos estandarizados, indicadores administrativos, instituciones burocráticas de evaluación y control, etc. Son los mismos instrumentos y análisis críticos de carácter estructural que sirvieron en décadas pasadas para interrogar aquella organización social del conocimiento científico en el marco de las sociedades salariales los que deberíamos poner a trabajar también hoy.

diferentes tradiciones de las ciencias sociales, tratan de dar cuenta de las tensiones y de los cambios del mundo contemporáneo?

Como es obvio, la respuesta a estas preguntas puede asumir múltiples formulaciones y sería un despropósito por nuestra parte pretender aquí acotarlas. Las ciencias sociales abordan desde hace décadas diálogos interesantes (en ocasiones, cierto es, un tanto parciales) con *El capital*, confrontando dicha obra –o partes de ella– con temáticas enormemente heterogéneas³³. Un hecho éste en sí mismo significativo, pues apunta a que, siglo y medio después de ver la luz, *El capital*, una obra de carácter científico (es decir, un texto sujeto a discusión teórica y confrontación empírica, no un texto sagrado) suscita aún interés, debate y polémicas.

No pretendemos, por lo tanto, señalar aquí en qué consiste o debería consistir la actualidad de *El capital* o su utilidad para las ciencias sociales, pues son los propios investigadores quienes podrán determinar, en cada rama de conocimiento y respecto a los problemas objeto de investigación, un tipo u otro de diálogo o confrontación con esta obra de Marx, buscando cuanto de inspirador pueda haber en ella, pero también sus límites. Un diálogo más o menos fructífero que habrá de construirse, como no puede ser de otra manera, a partir –o en contra– del modo de lectura *en reconocimiento* de *El capital* presente en cada generación. En relación a esta cuestión de la actualidad y utilidad de *El capital* para las ciencias sociales contemporáneas nos limitaremos pues a esbozar aquí, simplemente, algunas cuestiones generales que sería provechoso, a nuestro juicio, que fueran tenidas en cuenta por las ciencias sociales en general y por la sociología en particular.

³³ La lista es larga: el urbanismo y la conformación espacial de los procesos sociales; la globalización en sus múltiples dimensiones; las transformaciones del mundo del trabajo y la crisis del empleo; la financiarización e inmaterialización de los procesos de creación de riqueza; las actividades de cuidado y el reordenamiento de la esfera de la reproducción; la desigualdad social y la crisis de los sistemas de protección occidentales; los flujos migratorios; los sistemas de estratificación social y sus transformaciones; la discriminación étnica y de género; la construcción de las identidades contemporáneas; los procesos sociales de producción y circulación del conocimiento; las mutaciones de la cultura; los procesos socio-cognitivos y la conformación de sistemas de creencias de distinto tipo; la transformación del papel Estado; las relaciones internacionales, el desarrollo desigual y los conflictos entre distintas potencias; etc.

La primera de ellas (obvia a simple vista y, no obstante, plagada de importantes consecuencias) consiste en colocar nuevamente el capitalismo en el centro del debate, visibilizando así su carácter particular, histórico y, por ende, finito. Durante décadas –y salvo honrosas excepciones– hemos asistido de facto a una evacuación del debate sobre el capitalismo en las ciencias sociales. Unas veces, como en el caso de muchos economistas, como resultado de la naturalización de los mecanismos y relaciones sociales capitalistas en sus categorías y análisis, naturalización que convertiría a dichas relaciones capitalistas no sólo en el modo (políticamente) más deseable de organizar la economía, sino en el único posible y científicamente validable. Otras veces, como ha ocurrido con frecuencia en la sociología, por la identificación del capitalismo con un mero telón de fondo o contexto general sin una incidencia explicativa concreta y contrastable respecto a unos objetos y áreas de estudio cada vez más fragmentados y dispersos entre sí. Recelosa de los "grandes relatos" característicos de la sociología clásica, insegura como disciplina respecto a su estatuto científico, la sociología actual se ha visto cada vez más atraída por una concepción empiricista –bastante ingenua– del quehacer científico, una concepción, como ya hemos comentado anteriormente, a la que le cuesta ir más allá de describir y ordenar un presente fragmentado en un sin fin de dimensiones (la familia, el trabajo, la escuela, las relaciones de género, el espacio urbano, la salud, los valores, el consumo, la desigualdad social, etc.) cuya conexión, en caso de que existiera, resulta incierta y, en cualquier caso, ajena a la reflexión del sociólogo.

El ejemplo de *El capital* de Marx nos invita, sin embargo, a cuestionar esta reducción empiricista de las ciencias sociales (en la que los datos parecen adquirir sentido por sí solos y al margen de toda teoría), sin renunciar por ello a un análisis científico de la realidad social. El capitalismo –el modo de producción capitalista– no deja de ser un constructo teórico, una hipótesis que moviliza otras (forma-mercancía, valor, capital, trabajo abstracto) para conformar una teoría con la que intentar "sacar a la luz la ley económica que rige el movimiento de la sociedad moderna". Como otros analistas de su época, Marx observará que la sociedad moderna en la que vive se encuentra sujeta a un cambio vertiginoso, esto es, que se encuentra *en movimiento*³⁴. La novedad no estibaría, sin embargo, en el movimiento en sí mismo, aunque sin duda la aceleración e

³⁴ No se trata de algo especialmente novedoso o específico de las sociedades modernas: sociólogos, antropólogos e historiadores han debatido ampliamente sobre la distinta inclinación de las sociedades humanas al cambio social. No obstante, a pesar de las diferencias registradas ¿qué colectividad histórica no ha sido ella misma objeto de cambios y mutaciones de distinto tipo?

intensidad que éste ha registrado en los dos últimos siglos merezcan ser resaltadas. La novedad radica en el hecho de que dicho movimiento no es puramente azaroso, sino que responde a una determinada ley, a una particular lógica social que, además, no es de cualquier tipo, sino que, como vimos en la primera parte de esta introducción, es de carácter económico. Como ya anticipamos entonces, Marx dedicará *El capital* a identificar y analizar dicha ley económica, movilizándolo para ello toda una serie de categorías (forma-mercancía, valor, capital, trabajo abstracto) y mecanismos (caída tendencial de la tasa de ganancia, explotación, fetichismo de la mercancía, etc.), que permitirán captar el movimiento de lo que es percibido como una totalidad históricamente específica e identificada como modo de producción capitalista.

Las sociedades de la época de Marx eran diferentes a las nuestras, aunque no tanto como para conformar una era o periodo históricamente distinto al nuestro (la sociedad moderna de la que habla Marx sigue siendo, en ese sentido, la nuestra). Eran, sin duda, sociedades diferentes en muchos aspectos, pero no necesariamente más sencillas que las nuestras. También en ellas los asuntos humanos se desbordaban en un sin fin de esferas, instituciones y tiempos diferenciados: creencias religiosas, relaciones interétnicas y de género, procesos de aprendizaje formal e informal, conflictos políticos y movilización social a distintos niveles, intercambios económicos nacionales e internacionales, sexualidad, comportamientos reproductivos y relaciones de parentesco, innovaciones tecnológicas y avances científicos, expresiones culturales y artísticas, conflictos armados, relaciones de dominación colonial, formalizaciones e interpretaciones jurídicas de normas y relaciones sociales, etc. Sin duda, como hemos mencionado al comienzo de esta introducción, los saberes formalizados que trataban de dar cuenta de tales fenómenos se encontraban mucho menos fragmentados que hoy, del mismo modo que la cantidad de información disponible (y la velocidad de su puesta en circulación) no son tampoco comparables a las de nuestras sociedades actuales. Sin embargo, nos equivocáramos creyendo que la sociedad de Marx era una sociedad transparente de comprensión autoevidente. Lo que va a hacer Marx es plantear que, en las sociedades modernas (y sólo en las modernas, no en cualquier tipo de sociedad humana), existe una lógica social detrás de esa complejidad. Una lógica social de carácter económico que, por primera vez en la historia, adquirirá un estatuto cuasi-objetivo que contribuirá a imprimirles un cierto sentido no meramente azaroso de movimiento. Esta lógica social específica de las sociedades modernas se impondrá pues como una realidad cuasi-objetiva que constriñe la actuación de los actores sociales (individuales y colectivos), obligándonos a deshacer la

recurrente identificación entre agencia y subjetividad que opera en las ciencias sociales (el capital, como relación social, por ejemplo, sería un sujeto mucho más potente y determinante que las subjetividades obreras o capitalistas que participan en dicha relación), al tiempo que nos permite atisbar un modo de dominación abstracto de carácter impersonal que iría más allá de las relaciones de dominación antropomórficas del pasado³⁵.

Marx, por lo tanto, va a postular que, a diferencia de otras épocas históricas, las sociedades modernas (las sociedades que se conforman bajo el modo de producción capitalista) se caracterizan por un grado de abstracción que permite contemplarlas como una totalidad no reductible a la suma de las interacciones de los elementos que las integran. Dicha totalidad en movimiento (más allá de los absurdos debates dicotómicos sobre estructura y cambio social recurrentes en las ciencias sociales) no evolucionaría de forma completamente arbitraria, sino que respondería a una cierta *Ley* de transformación (que no pocos han leído –creemos que erróneamente– en clave determinista o teleológica) que imprimiría un cierto sentido a la historia y que se expresaría en una gramática de carácter económico. En las sociedades organizadas bajo el modo de producción capitalista (¡y no en otras!) las relaciones económicas y, más concretamente, el trabajo como mediación social general, actúan como gramática general bajo la cual se expresan las relaciones sociales. No simplemente porque la "esfera" de la economía se haya autonomizado (y, a la larga, impuesto) a la "esfera" de lo social (al contrario de lo que ocurría en las sociedades pre-capitalistas), sino porque "lo social", en términos generales, va a ser construido, en lo sucesivo, bajo una gramática económica. Ahí radica la relevancia del análisis de la *Ley económica* para comprender la transformación y dinámica de las sociedades contemporáneas. No porque no existan otras dimensiones relevantes en tales sociedades, sino porque esas otras dimensiones (desconectadas de tal gramática económica) no son capaces de explicar el movimiento de conjunto y la transformación histórica de esa totalidad que denominamos *sociedad* y que cabría quizá nombrar con más acierto como *modo de producción capitalista*.

Una aclaración importante debe hacerse aquí. Hemos planteado que *El capital* de Marx nos pone sobre la pista de una formación social novedosa que, de forma inédita en la historia, se constituye como una totalidad en torno a una gramática económica que construye *lo social*. Es decir, lo que hemos planteado es que en el

³⁵ Algo que nos debería llevar a repensar la propia noción de "clase social" en el capitalismo, así como la relación que este modo de dominación abstracto pudiera establecer con otros modos de dominación vigentes en las sociedades modernas.

capitalismo, *lo social* no constituye una esfera autónoma contrapuesta a *lo económico*, sino que es el resultado, el producto, de dicha gramática económica³⁶. Pero si la gramática económica capitalista constituye *lo social*, hasta el punto de que ambas dimensiones (economía y sociedad) no deberían ser vistas como dos esferas diferentes, eso significa también –recíprocamente– que la *economía* no puede dejar de estar atravesada por la *sociedad*, no puede dejar de ser una relación social, con todo cuanto eso implica.

Esto resulta evidente, por ejemplo, en torno a la cuestión del *fetichismo de la mercancía*, donde la gramática económica capitalista construye un determinado modo (socialmente generalizado) de mirar y aprehender la realidad, al tiempo que la existencia de semejante dispositivo de construcción social de la realidad resulta determinante para la viabilidad cotidiana de los intercambios capitalistas. La dinámica de la forma-mercancía (la "economía") genera un dispositivo particular de observación ("lo social") sin el cual resulta insostenible la susodicha dinámica económica (toda una llamada de atención frente a determinadas aproximaciones, supuestamente "materialistas", a los procesos ideológicos). Resulta igualmente evidente cuando vemos que el trabajo que va a colocar Marx en el centro de su análisis no es el trabajo entendido simplemente como una actividad humana de carácter ontológico productora de bienes y servicios, sino el trabajo como una realidad histórica inédita (el trabajo asalariado generalizado en una colectividad de productores jurídicamente libres) que es analizada en tanto que relación social. El trabajo como dimensión abstracta que actúa como mediación social general respecto al conjunto de las relaciones sociales (y no sólo de aquellas que se pudieran dar, pongamos por caso, en las situaciones concretas de trabajo).

Así, hablar del trabajo como relación social implicará no sólo atender y analizar los espacios y tiempos concretos en los que la gente "trabaja", sino tratar de comprender cómo se ven afectados por dicha relación social el conjunto de los tiempos, actores, instituciones y espacios sociales (la formación, el consumo, los cuidados, el ocio, etc.). El trabajo como relación social no tiene que ver

³⁶ Algo que, obviamente, no niega la posibilidad de intervención, ni define de antemano el sentido de la acción colectiva o sus posibilidades de éxito o fracaso. Lo que sí debería hacer es ponernos alerta frente a aquellas apuestas de intervención política, pretendidamente anti-capitalistas (ya sea en sus versiones reformistas o revolucionarias), que sitúan la palanca de superación o reforma del capitalismo en supuestos *más acá* o *más allá* de la dinámica económica capitalista: el Estado, el pueblo, el trabajo vivo, los cuidados, las sociedades tradicionales, etc.

únicamente, por lo tanto, con lo que pasa en los centros de trabajo, sino que requiere de un análisis global sobre la conformación de un sistema particular de formación, movilización y uso de las capacidades productivas de la población (el *salariado* o régimen salarial) que afecta al conjunto de las poblaciones (no sólo a los trabajadores formalmente asalariados)³⁷. En definitiva, *El capital* de Marx nos abriría las puertas (y reivindicaría) una sociología del *salariado* (una sociología general), más que a una sociología de los trabajadores asalariados (una sociología del trabajo). Un ejemplo, entre otros muchos posibles, de la aportación que puede realizar esta obra de Marx a la redefinición y apertura del programa de investigación de las ciencias sociales.

CONTENIDO DE ESTE NÚMERO MONOGRÁFICO DE *SOCIOLOGÍA HISTÓRICA*

En cuanto a los artículos del monográfico, una visión de conjunto sobre ellos muestra la riqueza de lecturas y operaciones interpretativas que sigue permitiendo el libro I de *El capital* siglo y medio después de su publicación. Lecturas realizadas desde las distintas áreas de especialización intelectual en que se han ido parcelando las ciencias humanas, en un sentido amplio del término que incluya a la propia filosofía.

Mencionaremos en primer lugar el texto de Michael Heinrich, importante trabajo de crítica textual, casi filológica, imprescindible punto de partida no ya sólo para asomarnos al laboratorio teórico de Marx y conocer el proceso de producción de sus obras, sino para algo más importante: contar con criterios rigurosos a la hora de afrontar sus textos. Téngase en cuenta que, como es sabido, la mayoría de ellos no fueron publicados por el propio Marx en vida, bien porque eran documentos del trabajo que no estaban destinados a ser publicados, bien

³⁷ ¿Cómo negar el impacto que tiene hoy en el conjunto de la sociedad instituciones estrechamente vinculadas al desarrollo del trabajo asalariado moderno como la seguridad social en la conformación y la dinámica del conjunto de los tiempos sociales? ¿Cómo entender los cambios en las pautas reproductivas, la organización de las actividades de cuidado o la propia transformación de las relaciones de género al margen del vínculo que establecen las poblaciones con el trabajo asalariado? ¿Cómo entender las políticas sociales o las reformas educativas puestas en marcha? ¿Cómo analizar el consumo? ¿O el racismo y los movimientos migratorios? Lo que aquí se plantea no es que el "trabajo" explique todos los asuntos humanos contemporáneos, sino que la transformación de tales asuntos resulta hoy incomprensible sin ponerlos en relación con respecto a este "trabajo" definido por Marx (el trabajo como relación social, como mediación social general).

porque eran borradores, más o menos elaborados pero inconclusos, como pasó con la mayor parte de *El capital*. A su muerte fueron luego en mayor o menor medida alterados por legatarios y editores –generalmente con las mejores intenciones–, de manera que a día de hoy no resulta fácil al lector orientarse en medio de esa maraña textual, no digamos ya interpretarla. Por ello, el recorrido cronológico que hace Heinrich por los distintos escritos de nuestro autor, analizando las variaciones que sufren a lo largo de ese proceso los elementos de su crítica de la economía política, no tiene sentido sólo para los amantes de las minucias filológicas, como podría creerse, sino para cualquier lector que quiera entender cabalmente el pensamiento de Marx.

Hemos colocado también al principio de este número de *Sociología histórica* el artículo de Claudio Katz *La relevancia contemporánea de Marx*, por tener un carácter más generalista e introductorio (aunque no por ello menos riguroso y sugerente) que la mayoría de los otros artículos del monográfico. El trabajo de este economista argentino destaca que la obra de Marx sirve para arrojar luz sobre el funcionamiento del capitalismo neoliberal actual, en contraste con “simplificaciones neoclásicas e ingenuidades heterodoxas”. Le sigue el trabajo de Maximiliano Nieto, que presenta una buena visión sintética de conjunto de los principales lineamientos teóricos de la obra cuyo aniversario conmemoramos aquí, mostrando de qué manera la teoría del valor de Marx constituye una teoría general del modo de producción capitalista que permite analizar la mundialización del capital, las crisis recurrentes y la polarización social.

A partir de este punto, en lugar de repasar aquí los artículos de este número de *Sociología histórica* en el orden en que han sido recogidos en el monográfico (tratando de lograr una lectura fluida del mismo, en la que cada artículo encuentre alguna conexión con el que le precede y sigue) lo haremos agrupándolos en tres subconjuntos. Tales subconjuntos responden a lo señalado dos párrafos más arriba: la rica pluralidad de lecturas y operaciones interpretativas que permite, favorece, o incluso exige en cierto sentido *El capital* y la obra de Marx en su conjunto. Están, por un lado, a) los textos con un carácter más adscribible a la filosofía o a la teoría social (intervenciones teórico-filosóficas, elaboradas en muchos casos desde reflexiones y debates específicos de las ciencias sociales); por otro b) los que ponen en relación *El capital* –o una parte del mismo– con el análisis empírico de una problemática definida en los términos característicos de las ciencias sociales (intervenciones científico-sociales); y, finalmente, c) aquellos que aprovechan sus enseñanzas para actuar discursivamente sobre asuntos de orden político y social actuales (intervenciones socio-políticas). Proponemos este recorte sabiendo de antemano que ninguno de

los textos de este número de *SH* se deja encajar cómodamente en esos tres lechos de Procasto, pues hacerlo sería traicionar el espíritu del gigante, que además de tratar de interpretar de diversos modos el mundo luchó denodadamente por transformarlo.

a) Dentro del primer subconjunto, podemos situar en la órbita de la filosofía actual los textos de Martínez Marzoa, Royo, Navarro, Ortega, Angulo, Domínguez y Ruiz. El breve texto “Objetividad no física” de Martínez Marzoa, capítulo de su libro *El concepto de lo civil* (2008), reflexiona sobre el carácter no físicamente objetivo de la sustancia-valor. Agradecemos sinceramente al autor el permiso para reproducirlo aquí, pues su reflexión nos parece muy valiosa para un monográfico como el nuestro. La brevedad del trabajo publicado, que no permite presentar en detalle los elementos novedosos de la lectura de Martínez Marzoa sobre Marx, ha tratado de ser compensada con un artículo de Simón Royo en donde se analizan las principales novedades en la lectura de Marx aportadas por el "clásico" libro de Martínez Marzoa sobre *El capital* (1983).

Clara Navarro, por su parte, es una de las pocas autoras que participan en este monográfico. Su participación en él ha sido triple: como autora de un artículo, como presentadora del texto clásico de Roswitha Scholz y como traductora del mismo. Su artículo (*How*) *money makes the world go round: notas sobre la crítica de la escisión del valor y la teoría monetaria del circuito capitalista: Robert Kurz y Riccardo Bellofiore* aborda determinados planteamientos de la crítica de la escisión del valor, analizando algunos de sus problemas. Jaime Ortega es, junto con el ya citado C. Katz y M. Postone, uno de los autores cuyo texto nos llegó del otro lado del Atlántico. En *Lectura y producción: itinerarios de El capital en América latina*, explora precisamente tres lecturas de dicha obra realizadas en las últimas décadas en esa parte del continente: las de Bolívar Echeverría, Franz Hinkelammert y Enrique Dussel. César Ruiz analiza en *La dimensión histórica y social de la teoría del valor* los elementos fundamentales de la configuración conceptual de la teoría del valor de Marx, poniendo de manifiesto, a la contra de una parte importante de la tradición marxista, su carácter específicamente histórico y la constitución social de las categorías que se presentan en ella. Por su parte, Mikel Angulo, en su artículo titulado *La “relación de capital”: el salario relativo como forma política*, realiza una aproximación a la forma política inherente a la categoría del salario relativo a partir de *El capital*. Mario Domínguez revisa en *Historia y lógica del capital: el análisis de las temporalidades en Marx* las tres distintas formulaciones del tiempo que aparecen en *El capital*: el tiempo de la producción, el tiempo de la distribución y una temporalidad orgánica que reúne los dos anteriores.

Dentro de este mismo esfuerzo de reflexión eminentemente teórica en torno a la obra de Marx, aunque con un fuerte apoyo en los debates y reflexiones de la teoría social, sociológica y/o económica, están los artículos de Postone, Briales, Castián, Rendueles, Mateo, Aragüés, de Francisco y Ahedo. El recientemente fallecido Moishe Postone³⁸, un autor fundamental en la renovación finisecular de la teoría crítica que hunde sus raíces en el pensamiento de Marx, nos permitió en sus últimos meses de vida publicar aquí un artículo suyo reciente (*La crisis actual y el anacronismo del valor: una lectura marxista*) en el que se distancia de nuevo de los análisis del marxismo tradicional para analizar la actual crisis sistémica del capitalismo global.

En *La expropiación del tiempo: claves para una sociología histórica de la dominación capitalista*, Álvaro Briales parte de las reinterpretaciones que se han llevado a cabo en las últimas décadas sobre *El capital* con el fin de realizar una crítica de la forma moderna del tiempo de trabajo en distintos momentos históricos del capitalismo. El artículo de Manuel Ahedo *Mercancía y acumulación: de El capital I a la crisis del capitalismo a comienzos del siglo XXI* es una revisión de la evolución de los fenómenos que constituyen la mercancía fetiche y el proceso de acumulación capitalista. En *Capitales, estamentos y fetiches: hacia una tipología de los dispositivos sociales*, Juan Ignacio Castián explora determinadas implicaciones de los análisis de Marx sobre el capitalismo desde una perspectiva sociológica, desarrollando un análisis comparativo entre las relaciones sociales organizadas mediante el capital y otros tipos de relaciones sociales. El artículo de César Rendueles *Marx entre el individualismo y el colectivismo: una lectura institucionalista de El capital* tiene como objetivo analizar los vectores explicativos individualistas y colectivistas que atraviesan esta obra, como base de una reformulación institucionalista de la teoría del valor de Marx.

Juan Pablo Mateo en *Capital, trabajo y la ley general de la acumulación* destaca la explicación de la acumulación de capital que realiza Marx en la sección séptima del primer libro de *El capital*. En esta línea, se muestra que el capital proporciona las tendencias básicas de la acumulación, incluyendo las contradicciones que dan lugar a la ley de la tendencia descendente de la tasa de ganancia en la que se basa la teoría de la crisis. Rafael Aragüés, en *Marxismo y*

³⁸ Miguel León y Álvaro Briales han tenido la amabilidad de cedernos para su publicación en este monográfico una breve nota redactada por ellos en homenaje a Moishe Postone.

teoría monetaria moderna: planteamientos iniciales, tiene como objetivo analizar la llamada teoría monetaria moderna (TMM) a partir de la teorización de la economía realizadas desde parámetros marxistas. *La dialéctica del capital* de Andrés de Francisco analiza la concepción dialéctica de Marx y sus efectos positivos y negativos sobre la “investigación científica libre” que realiza este autor en *El capital*.

b) Aunque muchas de las intervenciones teórico-filosóficas de los artículos previamente enumerados se han efectuado desde el propio ámbito de las ciencias sociales (desde sus debates, categorías y preocupaciones) y, en ese sentido, podrían ser también contempladas como intervenciones científico-sociales, creemos que era posible diferenciar esas aproximaciones de otras en las que la relación de *El capital* con el análisis empírico de una problemática analizada dentro de los parámetros de investigación típicos de las ciencias sociales quedaba más abiertamente explicitada. Nos referimos a los trabajos de Trenkle, Lohoff, López Calle y Sezneva & Chauvin.

Norbert Trenkle analiza en *El trabajo en la era del capital ficticio* cómo, después del boom fordista, la acumulación del capital ya no se funda principalmente en la explotación del trabajo, sino en la anticipación sistemática de un valor futuro, en la forma de capital ficticio. Por su parte, en *La mercancía general y su misterio: sobre el significado del dinero en la crítica de la economía política*, Ernst Lohoff realiza un análisis del sistema monetario contemporáneo y de la historia de su surgimiento desde una perspectiva marxiana. Pablo López Calle en *Marx en el Randstad (dos siglos después)* da cuenta de los resultados de una investigación empírica sobre los nuevos emigrantes españoles en Holanda (donde Marx situó precisamente el desarrollo de las primeras formas de acumulación originaria) en el sector de la logística, y el sistema de trabajo y empleo implantado en los últimos tiempos, partiendo de la crítica de la economía política marxiana. Mientras que, por su parte, Olga Sezneva y Sébastien Chauvin analizan en *¿Se ha vuelto virtual el capitalismo? Control del contenido y obsolescencia de la mercancía* la relación entre los avatares de la forma mercancía y nuevos productos autorreproducibles, de carácter tecnológico o biológico (como las semillas). Un texto que muestra cómo las categorías marxianas pueden ser de utilidad para pensar algunas transformaciones recientes de la "digitalización" y la "sociedad de la información".

c) El número monográfico incluye también algunos artículos que parten de la obra de Marx para abordar problemas socio-políticos actuales. Estos son los textos de Kurz, Jappe y Albarracín. El de Kurz es, en realidad, una entrevista

concedida por él en 2010 que amablemente nos han facilitado los miembros del colectivo alemán *Exit!*, al que perteneció dicho autor hasta su fallecimiento en 2012. Nos parece una buena introducción al pensamiento de este autor, que emprendió en el último tercio del siglo XX una renovación de la lectura de Marx poniendo el foco en la crítica del valor contenida en su principal libro, *El capital*. En esta entrevista reflexiona sobre las características de la crisis del capitalismo, así como sobre los potenciales procesos de transformación en una sociedad “postcapitalista”. Al mismo grupo *Exit!* pertenece el franco-alemán Anselm Jappe, quien tuvo la deferencia de facilitarnos su texto reciente *Cómo nos ayuda Marx a entender el populismo contemporáneo*, donde reivindica la vigencia del pensamiento marxiano para abordar las transformaciones del capitalismo contemporáneo, al tiempo que destaca las limitaciones de los actuales populismos -falsamente anticapitalistas- tanto de un signo político como de otro. Terminando con este rápido repaso a los artículos del monográfico, diremos que en *La cuestión del dinero y las monedas alternativas ante la violencia del sistema euro* de Daniel Albarracín estudia los fundamentos de la *política monetaria*, y, en particular, *el papel que juega el dinero en la economía capitalista, con el objeto de abordar los debates actuales sobre el euro y las monedas alternativas*.

Aparte de todos estos artículos, dos son los textos clásicos publicados en este número de *Sociología histórica*, acompañados de sendas presentaciones. Por un lado, un texto de 1992 de Roswitha Scholz que, a pesar de su importancia en la trayectoria intelectual de esta miembro destacada del colectivo *Exit!*, permanecía inédito en castellano, como muchos de sus trabajos. Este largo ensayo viene precedido por una presentación de Clara Navarro que enmarca la aportación de esta autora. En él, Scholz (que escribió una breve nota con motivo de esta publicación) sienta las bases de la teoría del valor-escisión, siendo su primera aportación filosófica en el análisis de la relación entre capitalismo y patriarcado, luego desarrollada por ella en distintos trabajos posteriores.

Además, incluimos, presentados y seleccionados por Juan Ignacio Castián (que hace doblote en este número), algunos extractos de un texto fundamental del marxismo heterodoxo: los *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*, publicados por Isaak I. Rubin en 1928. Su lucidez temprana, y su valor para las ciencias sociales, llamarán sin duda la atención al lector del siglo XXI. Baste decir que Rubin se adelantó casi cuatro décadas a Berger y Luckmann a la hora de analizar minuciosamente, partiendo de la teoría del fetichismo de Marx, la naturaleza simbólico-intersubjetiva de un mundo social que se nos presenta, al mismo

tiempo, sólidamente objetivado en relaciones institucionalizadas dotadas de pleno carácter coercitivo.

Este número monográfico de *SH* se remata con tres reseñas de libros ligados a las temáticas abordadas en él, pequeño botón de muestra de la actual pujanza editorial de las mismas. Lorena Acosta publica una reseña del libro de R. Kurz *El colapso de la modernización: del derrumbe del socialismo de cuartel a la crisis de la economía mundial*. Walter Actis de la obra de otro de los autores incluidos en el número: *Pour en finir avec l'économie: décroissance y critique de la valeur*, de A. Jappe (escrito a dúo y en debate con el teórico del decrecimiento económico, S. Latouche). Y Daniel Albarracín (él mismo autor de un artículo) ha reseñado el *Ensayo de economía marxista* de F. Moseley.

No queremos terminar esta presentación del monográfico sin agradecer su trabajo a todas las personas que participan en él. A los autores y autoras que aportaron sus textos originales les pedimos disculpas por el dilatado espacio de tiempo que han tenido que esperar para verlos por fin publicados aquí. Muchas gracias también a los que nos dieron su autorización para incluir en este monográfico textos ya publicados en otros idiomas. Pedimos disculpas a quienes habrían deseado participar en el monográfico pero no recibieron a tiempo nuestra invitación para hacerlo. Nuestra gratitud también –expresada en masculino genérico– para evaluadores, traductores y revisores. Gracias al director de *Sociología histórica* por la calurosa acogida que brindó al proyecto desde el momento en que se lo propusimos, agradecimiento extensible al conjunto del equipo editorial de la revista; en particular a Marcos Bote y a Héctor Romero por haber participado de principio a fin en sus tareas de preparación. Finalmente, nos gustaría que este monográfico sirviera de modesto homenaje y reivindicación de la obra y compromiso de dos autores ya fallecidos (uno de ellos muy recientemente, mientras que preparábamos este monográfico) con quienes tuvimos la suerte de aprender y conversar: Andrés Bilbao y Moishe Postone.

REFERENCIAS

- ALTHUSSER, L. (1977): “¿Cómo leer El capital?” en *Posiciones*. Barcelona: Anagrama.
- ALTHUSSER, L. y BALIBAR, E. (1973): *Lire le Capital*, vol. I. París: Maspero.
- ARON, R. (1970): *Las etapas del pensamiento sociológico*, vol. I. Buenos Aires: Siglo XX.
- BILBAO, A. (1993): *Obreros y ciudadanos: la desestructuración de la clase obrera*. Madrid: Trotta.
- BILBAO, A. (2007): *Individuo y orden social*. Madrid: Sequitur.
- BOTTOMORE, T. B. y RUBEL, M. (1968): *Karl Marx: sociología y filosofía social. Selección [de fragmentos] e introducción de T. B. Bottomore y M. Rubel*. Barcelona: Península.
- BURAWOY, M. y WRIGHT, E. O. (2002): “Sociological Marxism” in Turner, J. H. (ed.) *Handbook of Sociological Theory*. Nueva York: Kluwer/Plenum.
- CARVER, T. (2010): “The German Ideology never took place”. *History of Political Thought*, 31(1): 107-127.
- CLARE ROBERTS, W. (2017): *Marx's Inferno: The political theory of capital*. Princeton y Oxford : Princeton University Press.
- CLARKE, S. (1991, 2ª ed. ampliada): *Marx, Marginalism and Modern Sociology*. London: McMillan.
- COLOMER, J. Mª (1997): “Ilustración y liberalismo en Gran Bretaña: Locke, Hume, los economistas clásicos, los utilitaristas”. En Vallespín, F. (ed.) *Historia de la teoría política*, vol. 3. Madrid: Alianza.
- DOMENECH, A. (2009): “¿Qué fue del marxismo analítico? (En la muerte de Gerald Cohen)”. *Sinpermiso*, consultado el 31 de dic. de 2018 en <http://www.sinpermiso.info/sites/default/files/textos//Cohen.pdf>.
- FERNÁNDEZ LIRIA, C. (1998): *El materialismo*. Madrid: Síntesis.
- FOUCAULT, M. (1996): *La arqueología del saber*. México D. F.: Siglo XXI editores.
- FOUCAULT, M. (2007): *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France 1978-79*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- GARCÍA CALVO, A. (1985): *Razón común: edición crítica, ordenación, traducción y comentario de los restos del libro de Heraclito* [sic]. Zamora: Lucina.
- GUILHAUMOU, J. (2006): “Seyès et le non-dit de la sociologie: du mot à la chose”. *Revue d'histoire des sciences humaines*, 15: 117-134.

- HEGEL, G.W.F. (1975): *Principios de filosofía del Derecho*. Buenos Aires: Sudamericana.
- HEINRICH, M. (2011): *¿Cómo leer El capital de Marx?* Madrid: Escolar y Mayo.
- HEINRICH, M. (2016): "Capital' after MEGA: Discontinuities, Interruptions, and New Beginnings". *Crisis and Critique*, 3(3): 92-138.
- LENIN (1961): "Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo". *Obras escogidas*, tomo I. Moscú: editorial Progreso.
- MARX, K. (1971): *Zur Kritik der Politischen Ökonomie in Marx-Engels-Werke (MEW)*. Berlín: Dietz Verlag, vol. 13, 7.
- (1975): "Carta a L. Kugelmann (Londres, 11 de julio de 1968)". En Marx, K. y Engels, F. *Obras escogidas*, vol. 2. Madrid: Akal, pp. 490-492.
 - (1976): "El capital. Libro I" en *OME (Obras [de K. Marx y F. Engels])*, vol. 40. Barcelona: Grijalbo.
 - (1987): Carta a P. V. Annenkov, "Bruselas, 28 de diciembre de 1846". Incluida como anexo en Marx, K. *Miseria de la filosofía: respuesta a la Filosofía de la miseria de P.-J. Proudhon*. México DF: Siglo XXI.
 - (1995): *Manuscritos: economía y filosofía*. Madrid: Alianza.
 - (1999): *El capital. Crítica de la economía política. Libro primero: el proceso de producción del capital*, 3 vols. Madrid: Siglo XXI.
 - (2002): *La ideología alemana (I) y otros textos*. Buenos Aires: Losada.
 - (2008): *Contribución a la crítica de la economía política*. Buenos Aires: Siglo XXI
- MARX, K. y ENGELS, F. (1975): *Obras escogidas*, vol. 2. Madrid: Akal.
- (2005): *La ideología alemana*. Buenos Aires: Santiago Rueda eds.
- MCLENNAN, G. (2001): "Maintaining Marx". En Ritzer, G. y Smart, B. *Handbook of Social Theory*. Thousand Oaks: Sage.
- MARTÍNEZ MARZOA, F. (1983): *La filosofía de El capital de Marx*. Madrid: Taurus.
- (2008): *El concepto de lo civil*. Santiago de Chile: Metales pesados.
- MUÑOZ VEIGA, J. (2014): "Marx antes de Marx". *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, 45: 143-147.
- PERLMAN, F. (1974): "El fetichismo de la mercancía". En Rubin, I. I. *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*. Córdoba (Argentina): Cuadernos de pasado y presente.

- Plejanov, J. (1974): *La concepción materialista de la historia de Carlos Marx*. México D. F.: Roca.
- RACIONERO, Q. (2010): *La inquietud en el barro. Lecciones de historia de la filosofía antigua y medieval. Vol. I: el espíritu griego*. Madrid: Dykinson.
- RENAULT, E. (2017): *Marx y la filosofía*. Buenos Aires: Prometeo.
- REQUENA, F. (2008): *Redes sociales y sociedad civil*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).
- RODRÍGUEZ ARAMBERRI, J. y otros (1989): *Los orígenes de la teoría sociológica*. Madrid: Akal.
- SCHUMPETER, J. (1983) *Capitalismo, socialismo y democracia*. Barcelona: Orbis.
- (1994): *Historia del análisis económico*. Barcelona: Ariel.
- SHANIN, T. (1990): “Confesiones” [de Karl Marx]. En *El Marx tardío y la vía rusa*. Madrid: Revolución.
- SMITH, A. (1998): *La riqueza de las naciones*. Madrid: Alianza.
- VERÓN, E. (1996): *La semiosis social: fragmentos de una teoría de la discursividad*. Barcelona: Gedisa.